



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA  
DE MÉXICO**

**Facultad de Ciencias Políticas y Sociales**

**Niños migrantes indocumentados: mercancía frágil  
de paso por México**

**TESINA**

Que para obtener el título de

**Licenciada en Ciencias de la Comunicación**

**PRESENTA**

**Ollin Yoliztli Velasco Alvarado**

**ASESORA**

**Lucía Rivadeneyra**



**Ciudad Universitaria, CDMX. 2017**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## **Dedicatoria y agradecimientos**

Este reportaje está firmado por mí, pero es el fruto de la colaboración y apoyo de muchas personas.

Está dedicado a mis padres y a mi hermano. Por su paciencia a prueba de todo, por su eterna ayuda, por hacerme lo que soy y estar detrás de cada paso que doy.

Agradezco infinitamente a mi asesora, Lucía Rivadeneyra, por ser una luz guía y ejemplo profesional que admiro y sigo desde que la conocí. A mis sinodales, Cecilia Guadarrama, María Eugenia Ávila Urbina, María Antonieta Barragán y Georgina Sosa, por ayudarme a crecer con cada observación, apunte y corrección. Jamás olvidaré que las cinco estuvieron siempre al tanto del avance de este trabajo y que confiaron en él.

A mis amigos, por soportar el camino al lado de una Ollin con un reportaje en la mochila, pendiente todo el tiempo.

A todos, absolutamente todos, los que me facilitaron información, entrevistas, trámites, fotografías e ideas para mejorar y redondear este proyecto.

A la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de nuestra Máxima Casa de Estudios, que me dio las bases, herramientas y alas que espero me permitan ejercer el periodismo toda la vida.

A la gran Universidad Nacional Autónoma de México, por la generosidad de su acogida, por darme la oportunidad de un intercambio académico que me cambió todos los esquemas y por enseñarme a perseguir mis sueños.

Al padre Alejandro Solalinde Guerra, por recibirme siempre con los brazos abiertos en el Albergue Hermanos en el Camino, o dondequiera que lo encontrara. Por su apertura total, por su valentía y por ayudarme a entender que, por muchas razones, todos somos compañeros del mismo sendero.

Sin embargo, agradezco especialmente a los migrantes. A los que hablaron conmigo y a los que no; a los que me permitieron conocer sus desgracias y sus esperanzas, y a quienes nunca conocí, pero que con su ejemplo y testimonio de vida y muerte, visibilizan todos los días un viacrucis que no precisa de fechas santas para que demostrar que México sangra, y que a todos nos compete detener esa hemorragia.

# Ruta

<b>Antes de abordar</b>	<b>1</b>
<b>Estación uno. Un vistazo al holocausto migrante</b>	<b>2</b>
<b>Estación dos. Las razones en la maleta</b>	<b>9</b>
<b>Estación tres. Se venden enteros o en partes</b>	<b>15</b>
<b>Estación cuatro. La ruta de las sugerencias</b>	<b>23</b>
<b>Estación cinco. Sueños enjaulados</b>	<b>29</b>
<b>Estación seis. Las facturas del viaje</b>	<b>32</b>
<b>Estación siete. Jugadores del mismo equipo</b>	<b>38</b>
<b>Estación ocho. Viacrucis y planes fallidos</b>	<b>44</b>
<b>Estación nueve. Oro entre las cenizas</b>	<b>58</b>

## Introducción

Ser migrante indocumentado de paso por México es un riesgo. Tomar este riesgo cuando se es menor de edad es internarse, casi sin escalas, en las fauces de un león.

Para muchos, esta es hoy la única opción que vale la pena elegir, con tal de aspirar a un futuro más prometedor que el de sus lugares de origen en Centro y Sudamérica, donde pandillas, miseria, ajustes de cuentas, desempleo y vicios son pan de todos los días y almohada de todas las noches.

Los niños, niñas y adolescentes (NNA) que viajan sin compañía, generalmente hacia Estados Unidos, son aún más carne de cañón, según Alejandro Solalinde Guerra, uno de los portavoces más importantes de la causa.

Este sacerdote y defensor de Derechos Humanos, quien es candidato a recibir el Premio Nobel de la Paz 2017, es conocido a nivel mundial por su protección a cuanta persona sin documentación oficial llega al albergue migrante “Hermanos en el Camino”, en Ciudad Ixtepec, Oaxaca.

En octubre de 2016, la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH) informó que de 2014 a 2015 se duplicaron las detenciones de NNA no acompañados con fines de deportación. Dicha tendencia creciente prevaleció durante 2016.

A su vez, el Instituto Nacional de Migración (INM) dio a conocer en un documento, firmado por su Quinta Visitaduría General, que en 2014 fueron 10 mil 943 los menores no acompañados detenidos. Un año después la cifra ascendió a 20 mil 368.

En 2016, tan solo de enero a agosto, se reportaron 9 mil 698 migrantes de 12 a 17 años y mil 098 de cero a 11. Todos ellos también viajaban solos.

Desde octubre de 2015 se avizora que Estados Unidos pueda volver a declarar (como en 2014) “crisis humanitaria” al aumento alarmante de NNA que llegan a su frontera.

Esto es de gran relevancia, si se toma en cuenta que Donald Trump, el nuevo presidente de Estados Unidos, ha amenazado con construir un muro fronterizo con México para frenar el flujo migratorio; al tiempo de la llegada de alrededor de 6 mil indocumentados haitianos a Tijuana, Baja California, quienes huyen de la destrucción que dejó en su país un terremoto en 2010 y el reciente paso del huracán Matthew.

Como puede verse, razones para preocuparse y ocuparse del tema, sobran.

Es por eso que, atendiendo a la amplitud de la desgracia que engloba, este reportaje se ha desarrollado a través de numerosos personajes, sus acciones y respectivos telones de fondo.

Las historias que deambulan en las siguientes páginas son fragmentos vivenciales que muestran, cada uno a su manera, ángulos que dejan entrever el terror, la corrupción, esperanza y leyes que rigen la problemática de los menores migrantes de paso por México.

Cada capítulo es una estación sobre un mapa imaginario que toca una arista de interés por parada. A su vez, estas alternan entre crónicas, perfiles e información dura, que hacen más vívidos los relatos de los personajes y más cuantificable un drama que la mayoría de las veces solo conmueve y no pasa del corazón a la razón.

El tema fue elegido porque hay algo en 'La Bestia' que hace que todo cuanto está a su alrededor cambie a su paso. Y eso es algo digno de escribirse. Por eso, detrás de este reportaje subyace un compromiso de aporte en la visibilización de un problema que, si bien afecta a todo el país, es un foco rojo de atención relevante en el sur.

Esto responde a una de las razones que el colombiano Alberto Salcedo Ramos, uno de los cronistas latinoamericanos más importantes de la actualidad, enarbola para defender la existencia del periodismo. Según él, es una "muy honesta necesidad de la sociedad para entenderse a sí misma".

A su vez cabe decir que Ciudad Ixtepec y el sacerdote Alejandro Solalinde Guerra son pilares importantes y recurrentes en esta investigación, porque de ellos provinieron las vivencias y entrevistas más contundentes, reveladoras y desgarradoras que permitieron sostener la tesis de que los NNA no acompañados son la mercancía más frágil que cruza México.

Tantos deseos convertidos en estadística, tantas complicidades llevadas a desenlaces inhumanos y tantas voces clamando por el fin de este holocausto en pleno siglo XXI, rebasan los límites de un texto tradicional.

Es por eso que el presente se sirve de la libertad del periodismo narrativo para recrear vidas, escenas, relaciones y coordenadas de hechos puntuales, que pueden extrapolarse a una condición generalizada en América Latina.

Tal y como asegura en una publicación para la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI) el periodista argentino Martín Caparrós, esta manera de retratar la realidad “es una forma de pararse ante esa estructura de la información que habla de unos pocos y decir que vale la pena contar lo que le pasa a todos los demás”.

A pesar de que este contenido asemeja una ruta de viaje, cabe hacer la precisión al lector acerca de que tiene punto de inicio y fin solo por cuestiones formales y de entendimiento. Como habrá de darse cuenta cuando avance en la lectura, la realidad va siempre un paso adelante y es bastante impredecible.

El camino para llegar a una posible resolución del problema de los menores migrantes es largo e incierto, como el tránsito de ellos mismos por el país. No hay forma de saber cuál será el desenlace; la única certeza es que hay un final, a donde seguro puede llegarse de muchas formas y por distintas veredas.

Esto es una simulación de su paso por el país, con descansos a elección o, en palabras del periodista estadounidense Jon Lee Anderson respecto del oficio periodístico, “un intento de querer explicar al mundo una parcela de esa cosa compleja que es el universo”.

## **Antes de abordar**

'La Bestia', el legendario "tren de la muerte", es la modalidad de viaje por excelencia de migrantes indocumentados que van hacia Estados Unidos y cruzan México. Sus vagones, además de transportarlos, llevan a cuestas una realidad que genera gran preocupación a uno y otro lado de las fronteras: la de los menores que se embarcan solos en la misma suerte.

Las estaciones que les esperan antes de llegar a la línea fronteriza son numerosas y difíciles, en más de un sentido. Los niños, niñas y adolescentes (NNA) no acompañados de distintas nacionalidades que toman el riesgo de este viaje abordan el tren, pero nunca saben si regresarán con vida. O si regresarán, de la forma que sea.

Todos ellos suben al tren, cuyos vagones se mueven sobre una accidentada carta de viaje.

## Estación uno. Un vistazo al holocausto migrante

“Yo estoy mejor aquí que en Honduras”, dice Danubia Jakeline. Con una mano se abanica por el calor inclemente de Ciudad Ixtepec, Oaxaca, y con la otra llama al perro que le hace cariños a todos los migrantes del albergue Hermanos en el Camino, para que se acerque.

“Mi único deseo ahora es seguir adelante con mucha fuerza. Sueño con trabajar en Estados Unidos, tener dinero y comprar una casa para vivir ahí con mi padre y mi hija, que son lo que más quiero”, continúa, después de observar por unos minutos a un par de niños morenos que juegan frente al nuevo dormitorio de mujeres, construido tras cinco años de la apertura de la estancia para migrantes indocumentados en el sur de la entidad.

Soledad, abandono, violencia, pobreza. Su historia es muestra perfecta de la situación que representa. Su vida es un rompecabezas ensamblado con piezas oscuras, muchas, similares a las de miles de sus compañeros de travesía.

El tatuaje de un rosal sin color en los pétalos, pero con un tallo verde y espinoso, le cruza el antebrazo. De un momento a otro, ella hunde la cabeza entre sus hombros y musita que hace dos meses no ve a su hija de tres años, a quien dejó encargada con una hermana suya.

Jakeline viaja sola. Tiene 17 años. Solo la protege un santo de plástico que pende de su cuello.



Una rosa sin espinas la acompaña durante el viaje. Jakeline dice que la pintará de rojo cuando viva en Estados Unidos.

\*

Como ella, miles de menores de edad se aventuran en solitario a las rutas del norte mexicano. Lo cual, cabe decir, no es algo exclusivo de este tiempo. El fenómeno es una realidad que ha existido siempre, solo que ahora se ha vuelto muy visible dadas las distintas repercusiones que ha traído el incremento de su proporción.

Respecto de la migración en América, 2014 fue un año histórico. Según cifras oficiales mexicanas, obtenidas del portal de la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE), al menos 61 mil 581 NNA procedentes de Centroamérica y México fueron detenidos entre octubre de 2013 y julio del 2014, después de cruzar la frontera con Estados Unidos.

Ello desembocó en un problema de dimensiones nunca antes previstas por Estados Unidos, debido a que causó un sobrecupo de NNA (acompañados y no acompañados) en centros de detención de dicho país.

Este incremento llegó a ser tan preocupante, que lo declararon “crisis humanitaria” y se implementaron de inmediato medidas para frenarlo, tales como deportaciones masivas y un mayor número de agentes migratorios vigilando la frontera con México.

Según las estadísticas dadas a conocer por la SRE, en 2014, por cada tres niños migrantes deportados por EU, México solo lograba devolver a su país de origen a uno. A más de un año de la publicación de dicha cifra, la Oficina en Washington para Asuntos Latinoamericanos (WOLA, por sus siglas en inglés) informó que el número de deportados por ambas naciones se ha equilibrado.

En un artículo publicado el 25 de mayo de 2015, el portal de noticias *SinEmbargo.mx* retoma el contenido de un informe elaborado por la WOLA, en donde se confirma que “entre octubre de 2014 y marzo de 2015, México deportó a 9 mil 671 niños no acompañados procedentes de Honduras, Guatemala y El Salvador. En este mismo periodo de tiempo, la Patrulla Fronteriza de Estados Unidos aprehendió a 9 mil 802 niños no acompañados procedentes de estos tres países”.

Según la organización norteamericana, estas cifras son el reflejo de la alineación que ha tenido el Gobierno Federal mexicano con las políticas migratorias emitidas desde Washington, y que ha logrado por estrategias como el Programa Frontera Sur, iniciado en el segundo semestre del 2014.

No obstante la magnitud del asunto, las cifras al respecto son inciertas. Los números oficiales y no oficiales bambolean, distan de estar unificados y generan recelo y suspicacia. Abundan los cálculos aproximados provenientes de Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) y demás entes interesados en cuantificar esta preocupación.

Aunado a la suspicacia de quienes aseguran que esto es una estrategia gubernamental para confundir de los números migratorios reales, la implementación del “portal único del gobierno” ha encendido un debate en torno a su ineficiencia. Con todas las secretarías y dependencias de un país en un solo

sitio, que se encuentra en funcionamiento únicamente en su versión beta, resulta aún más difícil localizar la información.

Con un panorama así, confiar en un recuento y no en otro, es cuestión de confianza en la fuente. La Organización Internacional de las Migraciones (OIM), organismo intergubernamental creado en 1951 y con sede en Ginebra, Suiza, reportó en su *Informe Mundial sobre las Migraciones* que en 2016 la mayoría de migrantes ingresados al país de manera ilegal fueron centroamericanos, sudamericanos y, en menor medida, extrarregionales originarios de países de Asia y África.

Información de la OIM, consignada también en la página *web* del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), indica que “la población latinoamericana representa alrededor del 52% de los extranjeros en Estados Unidos; y de tal cifra, más de 30 millones de personas son de origen mexicano (57%) y centroamericano (13%)”.

Ser migrante implica andar a paso de prófugo. No obstante, si se trata de menores, todo se vuelve más escurridizo. La numeralia se torna volátil, pues su condición los obliga a pasar todavía más inadvertidos.

Amnistía Internacional (AI), movimiento global con presencia en más de 150 países y enfocado en la defensa de los Derechos Humanos, reportó el pasado 19 de noviembre de 2014, que “este año, miles de NNA fueron detenidos en México y Estados Unidos. Tan sólo en México, entre enero y septiembre, 17 mil 322 de ellos han sido detenidos por el Instituto Nacional de Migración, el 47% (8 mil 220) viajando sin compañía de sus padres o tutores”.

Amnistía Internacional, que lidera desde 2012 la Campaña Global “¡Alto a la Detención de Niñ@s Migrantes!”, consigna que “en Estados Unidos se alcanzó un máximo histórico de más de 60 mil aprehensiones entre octubre de 2013 y julio de 2014”.

Esto preocupó tanto a la Casa Blanca, que no solo amenazó con iniciar una ola masiva de deportaciones de migrantes a sus países de origen, sino que lo cumplió. El periodo presidencial de Barack Obama es el que más expulsiones de migrantes que han cruzado la frontera tiene consignadas, como lo constató la

integrante del Consejo Mexicano de Asuntos Internacionales, Amalia García Medina.

Durante un encuentro con asociaciones civiles de protección a migrantes celebrado a mediados de 2015, García Medina afirmó que la administración de Obama ostenta el récord histórico de deportaciones de mexicanos desde que comenzaron las relaciones México-Estados Unidos: 2.5 millones de connacionales, es decir, alrededor de 400 mil al año.

En octubre de 2016, la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH) informó que de 2014 a 2015 se duplicaron las detenciones de NNA no acompañados con fines de deportación. Dicha tendencia creciente prevalece en este año.

A su vez, el Instituto Nacional de Migración (INM) dio a conocer en un documento, firmado por su Quinta Visitaduría General, que en 2014 fueron 10 mil 943 los menores no acompañados detenidos. Un año después la cifra ascendió a 20 mil 368.

En 2016, tan solo de enero a agosto, se reportaron 9 mil 698 migrantes de 12 a 17 años y mil 098 de cero a 11; todos ellos también viajaban solos.

Las medidas tomadas por el gobierno de Estados Unidos, en combinación con las impuestas por el mexicano (como se verá más adelante), han logrado que menos número de personas crucen la frontera entre ambas naciones. A pesar de las detenciones, el flujo no se detiene.

\*

Jakeline sigue sentada a la sombra de un árbol, en el albergue que dirige el cura Alejandro Solalinde Guerra, en el sur de Oaxaca, y de México. A dos meses de haber salido de Tegucigalpa, Honduras, dice que lo más grave que le ha pasado en el camino es que le robaran todo el dinero que traía.

Eso ocurrió en La Arrocería, Chiapas: sitio que expertos y acompañantes de la migración, como el periodista salvadoreño Óscar Martínez, consideran uno de los embudos más difíciles de sortear durante el viaje.

En este tramo de cerca de seis kilómetros, que en realidad es el ejido Aquiles Serdán, conocido con el otro nombre por una antigua bodega de granos construida a la orilla de la carretera, se libran algunos de los peligros más grandes del sur del país debido a su disposición geográfica.

Se trata de un terreno de vegetación densa, al pie de una cadena montañosa en el municipio de Huixtla, desde cuyas mesetas los atracadores acechan el paso de los caminantes.

En su libro de crónicas *Los migrantes que no importan* (2010), Martínez advierte que “si tuviera que ubicar cuál es el punto concreto de la ruta del migrante donde un centroamericano transita más desprotegido, donde pueden hacerle lo que quieran, donde sus gritos nadie los escucha, nombraría La Arrocera. Si me preguntaran por qué, diría que porque en un año en el camino supe de cientos de asaltos ocurridos ahí, de decenas de historias de golpizas, escuché testimonios de asesinatos y de mujeres violadas que gritaban en esos montes, pero nadie los escuchaba”.

Jakeline tuvo suerte.

Ella misma cuenta que cuando iba con otros migrantes de camino a Ixtepec y pasaron cerca de La Arrocera, cinco hombres armados les salieron al paso. En su grupo solo eran dos mujeres y, por alguna razón, no fue a ella a quien violaron, sino a su compañera.

“Fue en ese momento en que supe que Dios existe”, dice la hondureña. “Hoy yo sé que él es milagroso y tiene poderes, porque a mí no me tocaron ni un pelo”.

Desgracias más grandes fueron las que la sacaron de su país.

Ella, producto de una relación incestuosa entre su abuelo y su madre, dice haber llevado siempre a cuestras el dedo inquisitorio de su familia, como si tuviera la culpa de lo que pasó.

Los inconvenientes se le engarzan en una larga cadena vital. Apenas ella nació, su madre empezó a vivir con un hombre, que es a quien Jakeline considera

su “padre”. Cuando la niña cumplió tres años, la madre buscó una nueva pareja y se fue.

Jakeline vivió un tiempo con su papá, quien había matado a una exnovia y vivía huyendo. “Yo fui la única de mis hermanos que estuvo con él. Y eso que ni siquiera era verdaderamente su hija. Muchas veces anduvimos en el monte o donde no lo encontrarán, y él me decía que olía a muerto. Siempre. Era el alma de la mujer que no nos dejaba descansar”, recuerda la joven.

Un día su papá decidió irse a Estados Unidos y se quedó sola de nuevo. Ella tenía 12 años. Fue así como tocó la puerta de cuanta tía, prima y hermana recordó; suplicaba por un espacio para dormir, “aunque fuera una esquina, cual perro”, dice. Hasta que un día, luego de varios intentos fallidos de parientes y conocidos suyos, el amigo de una de sus cuñadas abusó sexualmente de ella. Ese día, a sus 14, le cambió el rumbo.

“Yo he sufrido mucho, de verdad. Mi vida ha sido difícil”, reconoce al tiempo que llora. Luego retoma el hilo de la charla y recuerda cómo después de la agresión sexual se decepcionó profundamente de todo y comenzó a vivir en la calle. Se enamoró de un hombre, tuvo a su hija y, por segunda vez, buscó el apoyo de su familia.

En aquella ocasión, los únicos que respondieron fueron unos tíos lejanos, que apenas figuraban en algunas conversaciones, pero que ella sabía que existían. Solo que eran narcotraficantes, cabezas de una organización de la que Jakeline no se atreve a mencionar el nombre.

“Me dijeron: ‘Vente, vente ya. No queremos verte más mal. Ya estuvo bueno’. Entonces me fui a una de sus haciendas, con mi niña. No nos faltaba nada, todo sobraba. Eso sí, ahí yo miraba cómo mataban gente a sangre fría. Cuando les hacían operativos había siempre varios muertos. Ellos tenían mucho dinero, cómo no...

“Hasta que un día escuchamos que empezaron disparos de la nada y vimos que habían matado a los guardaespaldas de uno de mis tíos, Maurito. Luego fueron por él. Lo asesinaron con su propio R-15, aunque siempre tenía puesto su

chaleco antibalas. Después le desfiguraron la cara con ácido. Yo lo vi todo. Por eso huí con mi nena”.

El altavoz del refugio, que arde bajo el mediodía istmeño, llama de forma continua nombres propios seguidos de su respectiva nacionalidad, para que pasen a la sala de la dirección. El perro sigue al lado de Jakeline, quien lo acaricia mientras se seca las lágrimas con el antebrazo grabado con pétalos y espinas.

“Yo prometí que algún día iba a vengar la muerte de Maurito, porque fue de los pocos que me ayudaron. Sigo dolida por eso. Y sé que un día lo voy a hacer, porque me enteré que fueron del grupo de ‘Los Cobra’”, asegura, con un aplomo que atemoriza y contrasta con el tono apacible de su voz.

“Jakeline, de Honduras, tiene llamada telefónica”, se escucha por lo alto.



En este albergue, el mejor pasatiempo es matar las horas. Jakeline asegura que no hay día en que no piense a su hija.

## Estación dos. Las razones en la maleta

Las razones que los menores migrantes no acompañados desempacan de sus mochilas cuando se les pregunta: “¿Por qué estás aquí?, ¿por qué viajas solo?, ¿tienes miedo?, ¿dónde están tus padres?”, son diversas. No obstante, con frecuencia coinciden en varias de ellas.

Según información publicada en la página *web* de la delegación mexicana del UNICEF, “los niños, niñas y adolescentes deciden viajar solos para cruzar la frontera de los Estados Unidos, en primer lugar, por el deseo de reunirse con sus familiares; en segundo término, por el deseo de mejorar su nivel de vida a través del desempeño de un trabajo y, por último, por el deseo de escapar de la violencia familiar o de la explotación sexual”.

Del recuento anterior escapa una causa que blanden muchos de ellos, en conversaciones cotidianas: salir de sus países es huir de la violencia que los persigue en las calles bajo forma de pandillas, venganzas, reclutamientos, amenazas, familiares muertos y desaparecidos.

Aún así, su principal móvil siguen siendo, desde hace años, los reencuentros al otro lado de la línea fronteriza. La migración es un vaivén infinito.

“Me vine para México por problemas con la Mara [Salvatrucha]. No estoy acá por necesidad, sino porque no quiero que me maten, ni terminar ahorcado. Allá tenía un primo de la banda contraria a quien odiaban, se cogieron el pleito conmigo igual y, pues, huí. Pero que te quede claro: yo no soy pandillero”, asegura Carlos, de 16 años, oriundo de El Salvador.

La madre *Lupita*, como todos la llaman en el Albergue de Ixtepec, es de las activistas más cercanas a Alejandro Solalinde Guerra y mira a Carlos desde lejos, con recelo. “Algunos de los hermanos migrantes se han venido a quejar, pues dicen que ese chico es un espía, un malandrín de El Salvador que venía huyendo y acá lo ‘jalaron a una banda’”, dice ella.

En este pueblo, que de día o de noche parece un erial, pululan espías camuflados de migrantes, que sirven de intermediarios con polleros o se contratan como ‘halcones’ (informantes) para grupos delincuenciales. Sobran los radios que alertan, las camionetas que rondan y los ojos que vigilan. Es algo que se respira sin hacer gran esfuerzo.

Carlos no sobrepasa los 140 centímetros de altura. No parece de 16 años y mira con furia a quien le dice “niño”. Él es de los que cruzan México, pero no buscan ir al otro lado del Río Bravo.

México es origen, tránsito, destino y retorno de estas personas de pies errantes. Él solo quiere llegar a Guadalajara, Jalisco; Piedras Negras, Coahuila o Tijuana, Baja California y trabajar, porque le dijeron que en esas ciudades hay mucho ‘cuero’, mucha guapa.

Sentado, mira al frente, hacia un campo improvisado de futbol en el que corren tras un balón varios hombres morenos, con el torso desnudo. Muchos, con tatuajes que brillan bajo el sudor. “¿Cuánto va a durar esto?, porque quiero irme a jugar”, amenaza, mientras balancea con ansiedad las piernas, que aún no le alcanzan para tocar el piso.

Luego, emocionado al descubrir el registro de las ondas de su voz en una grabadora digital, desanuda la historia. Y asoman sus motivos, camuflados en escenas vívidas. “En mi pueblo ‘caminaba [manejaba]’ un camión, de los grandes, grandes, y vendía *Sabritas*. Pero me juntaba mucho con mi primo, que traía problemas con unos de la Mara enemiga. Un día lo ‘rociaron’ y me mandaron el recado de que si no me iba, el próximo era yo”.

Como si se tratara de una recreación de la imagen esbozada, desde alguna parte llegan las letras y acordeones de un corrido norteño. Son *Los Tucanes de Tijuana*. Carlos tararea el inicio:

*Ábranse, que llevo lumbre.*

*O se quitan, o los quito.*

*Ya saben que yo no juego:*

*tengo fama de maldito...*



Los migrantes viajan ligeros. Carlos empacó un saco lleno de cuentas pendientes.

“Esa es la de *El Papá de los Pollitos*. En El Salvador la escuchamos”, cuenta, antes de volver a la charla y dejar bien claro que él no tiene miedo, porque nunca se mete con nadie y por eso nadie lo toca. Carlos dice haber estado cerca de matones, que ni lo voltean a ver, pero van y ‘se truenan’ a alguien de al lado, porque siempre siente la protección de Dios.

Dejando un poco de lado el coraje con que entona sus frases, reconoce que de vez en cuando sí le dan ganas de llorar: “pero hay que meterle huevos, no hay de otra”.

“Allá en Honduras tenía una novia bien bonita, dos años más grande que yo y que me ayudaba mucho”, recuerda el adolescente, quien al mirar de frente

evidencia la desviación de su ojo derecho hacia la izquierda. “El arriendo del lugar donde vivíamos lo pagaba ella casi completo y, todos los domingos que me ponía bien *pedo*, iba por mí y me regresaba a la casa.

“Aquí no hago nada. No tengo ni 23 pesos para llamarle dos minutos a mi mamá, para decirle que a pesar del hambre, la sed, el calor y el frío que se pasan arriba de ‘La Bestia peluda’, estoy bien, y que Dios me cuida. Si tuviera el dinero, ¿crees que estaría acá mendigando un pedazo de pan? ¡Qué va! Si yo antes estaba gordito. Mirá esto...” Y muestra sus brazos, surcados por estrías. “Yo iba al gimnasio; México me dejó flaco.”

Según Carlos, cada vez se siente más cerca de convertirse al cristianismo de nuevo. “Me falta poco, nomás voy a tener que arrepentirme de veras de todo lo que he hecho. Y ya, porque Dios no tiene problemas en aceptarnos a todos, tal como somos”.

Aún sigue con la vista clavada en el balón y, de pronto, da un salto y se incorpora. “Oye, ¿pero sí vas a contar mi historia?”, duda. “Tómame una foto, ¿no? Bueno, dos. Una con gorra y otra sin. Dicen que cuando me la quito sí parezco mexicano, como don Ramón, el de *El Chavo [del 8]*.”

El último informe del Índice Global de Paz (IGP) señala que El Salvador y Honduras son los países más violentos del continente. A nivel mundial, de 163 naciones comparadas en dicho Índice, ambos se encuentran empatados en el lugar 111.

Centroamérica es una convulsión a la que no calman ni los crucifijos.

\*\*\*

Es de noche. Desde una trinchera distinta, aunque bajo el mismo techo que Carlos, Sergio testimonia la fortaleza del sueño que lo despertó y sacó de su natal Honduras, hace poco más de un mes.

Tiene el rostro tostado por los mediodías enfrentados en el camino y una tendencia a repetir que va “hacia adelante, sin mirar atrás por ningún motivo”, una frase difícil de escuchar en los labios de alguien de 16 años.

Por el altavoz, la voz tersa de la madre *Lupita* llama a todos a tomar la cena en el comedor comunal. Rondan las siete de la noche pero, a comparación de cualquier otro sitio, bien podrían ser las diez o hasta más tarde.

A esta hora, todo está muerto en Ixtepec. Los únicos vivos a la redonda son el viento, las hordas de mosquitos que no perdonan y las decenas de siluetas haciendo fila para devorar el plato de guisado y la taza con café de olla que les esperan en las largas mesas plásticas del interior.

Las cocineras, mujeres del pueblo que se ofrecen como voluntarias, les dan de cenar “fuerte”, pues a veces ‘La Bestia’ llega de noche o en la madrugada. Y “ni modo que agarren camino con el estómago vacío”, argumentan ellas.

Los cubiertos, que después de comer cada quien se encarga de lavar, secar y acomodar en estricto orden, chocan contra el fondo de los cuencos que pertenecen a todos. Los migrantes aceptan con gusto lo que se les dé. El viaje y el peligro dan hambre.

Esta noche, Sergio prefiere espantarse las nubes de moscos y contar que México le parece un país muy bello, aunque solo es su puente a Estados Unidos, en donde le gustaría ganar mucho dinero como carpintero.

Pero él no quiere quedarse de “ese lado”. Tiene bien claro que necesita volver a su país, apoyar a su familia, poner su propio negocio y no depender de nadie.

“Te lo digo así: lucho por tener mis propias cosas, por superarme a mí mismo. Hasta hoy, siempre lo he hecho así. Desde chamaquito me enseñaron que lo que cuesta es lo que verdaderamente se valora”, asegura, mientras el barullo de los comensales empieza a llegar en forma de carcajadas y tintineo de cucharas.

El chico tiene una mirada larga, que apenas refulge bajo el resplandor mortecino del foco ahorrador que oscila sobre su cabeza. “Como menor de edad,

llegás solito, como Dios te trajo al mundo”, y señala con una mano las vías donde corre en libertad ‘La Bestia’, a escasos 100 metros de donde está de pie.

“En Honduras peligramos el doble, porque si aún no tenés 18 y te cachan cuando te vas del país, entrás directo a la correccional de menores y además tus padres tienen que pagar una multa”.

Y si algo le hace falta a sus padres es *plata*, según él. Por eso quiere cruzar, triunfar y a lo mejor hasta mandar a traer a sus papás, para que ya no vivan la inseguridad que los hunde en Centroamérica.

“Para estar acá trabajé dos semanas en Honduras, y con el dinero que gané, que fueron como cuatro mil pesos mexicanos, me aventuré. Aunque el camino en Chiapas fue duro, ya llegué acá y ya por nada me devuelvo. Así me deportaran, yo regresaría a estos rumbos para cumplir mi meta. Que si no...”

Sergio da la apariencia de ser una fuente muy prematura de sabiduría. Camina por su vida con la idea de que todo lo que pasa lleva oculto algún propósito y que las oportunidades hay que aprovecharlas, porque solo pasan enfrente una vez.

Los revoloteos y piquetes no dan tregua. Entre manotazos, alcanza a decir que extraña a su mamá, pero que se da ánimos él mismo pues debe “arriesgarse a lo desconocido, sin miedo a nada. No hay nadie que te detenga. Eso sí: si venís con miedo, se te caen las alas”.

Las luces de la cocina y el comedor se apagan. Las siluetas salen. La luna, también.

### **Estación tres. Se venden enteros o en partes**

Los migrantes son una mercancía: una especialmente silenciosa y asediada. Pero cuando se habla de la categoría estandarizada a nivel global como “niños, niñas y adolescentes migrantes no acompañados”, se está ante uno de los artículos más delicados que se ‘mueven’ en el rubro.

Agruparlos bajo estas denominaciones puede parecer una osadía. Fue algo que el sacerdote Alejandro Solalinde Guerra veía venir desde 2007.

Dedicado por años a la defensa de los Derechos Humanos de distintos grupos vulnerables en México (en especial el de los viajantes indocumentados), el encargado del albergue Hermanos en el Camino fue de los primeros que alertaron sobre la crudeza de las transacciones de que ellos eran objeto.

Él es de los pocos clérigos que no guarda silencio ante lo que considera injusto. Adscrito a la Iglesia católica por una convicción más fincada en su sentir sociopolítico que en el dogma religioso, dejó de officiar misas para “retirarse”, al filo de sus sesenta años, y dedicarse a servir a los migrantes de paso por México.

Aunque esta causa ya tiene muchos defensores en la actualidad, Solalinde Guerra fue de los primeros que buscaron visibilizarla y consolidarla en la agenda informativa nacional. La atención al tema migratorio en el país está ligada a su figura. Su voz es referencia y, al mismo tiempo, incomodidad para muchos.

En su libro *Ovejas Negras. Rebeldes de la Iglesia mexicana del siglo XXI* (Océano, 2015), el periodista mexicano Emiliano Ruiz Parra refiere que

“Tras sólo cuatro años de coordinar el albergue Hermanos en el Camino, Solalinde se convirtió en una de las figuras más notorias no sólo de la Iglesia católica, sino de los defensores de derechos humanos. Delgado, de voz suave y de maneras corteses, es un imán de la polémica: ha sido acusado de *pollero* por un delegado del Instituto Nacional de Migración (INM); autoridades municipales lo quisieron quemar con gasolina con todo y albergue; se ha visto repetidamente amenazado de muerte y ha pedido perdón a los Zetas, a quienes considera

víctimas de una sociedad violenta. Jugándose la vida, echó luz sobre el holocausto que padecen los centroamericanos indocumentados en México, *que a nadie le importan*. En Centroamérica se convirtió en una leyenda al punto de ser conocido como "el Romero mexicano" en alusión a Óscar Arnulfo Romero, el arzobispo de San Salvador asesinado por la dictadura".

Hoy las condiciones del albergue que encabeza ya no son precarias, como fueron en sus inicios. Los apoyos económicos y en especie (alimentos, medicinas, ropa) que supo conseguir el cura a lo largo de años, ahora son más accesibles, lo cual le permite ausentarse para atender foros, ponencias, denuncias y logros de nuevas donaciones en otras partes de México y el mundo.

Él es de los que por igual saben plantarse frente al Presidente para reclamarle su falta de interés en solucionar las urgencias del país, que meterse debajo de las piedras para conseguir kilos extra de carne de soya y hacer rendir una comida para todos los migrantes; de los que podrían acostarse sabiendo que cuatro guaruras lo cuidan, pero opta por confiarle su sueño al cielo de Ciudad Ixtepec, mientras duerme en la azotea del albergue, sobre un tapete.

No se cansa de decir que ve en los indocumentados el rostro de Cristo, que todos somos migrantes de alguna forma, que México va a cambiar el día que la sociedad civil decida organizarse y que no tiene miedo de morir, pues ya lo han amenazado infinidad de veces.

Por eso Solalinde Guerra declara sin mayor aspaviento que los migrantes, en especial los menores de edad, son una mercancía orillada a comportarse de acuerdo a las demandas y fluctuaciones del mercado.

Según él, primero tuvieron que adaptarse a los mecanismos de extorsión tradicionales, de los que ya eran víctima sus compañeros de camino mayores de edad, o que ya habían andado antes el camino.

Luego esos secuestros exprés, intimidaciones a sus familiares en otros países y engaños interminables de los polleros se vieron capitalizados por redes de delincuencia que se estructuraron y crecieron a semejanza de grandes

corporaciones. La mezcla se empapó de narcotráfico y de complicidades con la autoridad, y el resultado fue un coctel de alto riesgo, pero de gran sabor.

Es decir, fue todo un éxito.

Esto existe en México desde que el migrante fue criminalizado por no traer papeles. Sin embargo, hubo un momento muy claro de señalización del fenómeno, con nombre y ubicación muy precisos: San Fernando, Tamaulipas, al norte del país.

En el libro *72 migrantes* (Almadía, 2011), la periodista Alma Guillermoprieto cronica así el suceso:

“Entre el 22 y 23 de agosto [de 2010], un grupo de hombres – quizá unos siete u ocho – acorralaron a 73 o 74 personas en el ejido “El Huizache”, y les dispararon un balazo en la nuca a casi todas. Según ha declarado en diferentes momentos la Procuraduría General de la República, las víctimas iban viajando en dos camiones rumbo a Estados Unidos, con la intención de ingresar de forma clandestina a ese país. (...)

“No hubieran podido escoger peor lugar para dormir. A esas alturas, cualquier mexicano y cualquier pollero ya sabían que en Tamaulipas impera la ley de los Zetas, y que los Zetas viven, como zopilotes, de la carne de los indocumentados.

“Sabemos con certeza absoluta sólo una cosa: que el 24 de agosto una avanzada de la Marina encontró los cadáveres de 72 personas que habían fallecido el día anterior. Los cuerpos yacían en orden alrededor de las cuatro paredes de un cuarto sin piso ni techo, en el ejido referido.”

Este hecho, perpetrado en contra de 14 mujeres y 58 hombres, hubiera permanecido en la conveniente penumbra de lo desconocido en que están todavía muchos más crímenes anónimos, de no haber sido por un pequeño error de cálculo de los victimarios: hubo un sobreviviente ecuatoriano que dio pormenores de lo sucedido.

Y eso lo cambió todo, porque los migrantes provenientes del sur por fin se hicieron de coordenadas propias en el mapa. La masacre de estos indocumentados, que luego fueron identificados como centro y sudamericanos, fue uno de los factores que con más fuerza movieron el problema a la luz de los reflectores.

La causa no fue nada honrosa pero, al menos para eso, funcionó. La gente comenzó a hablar de ellos y entonces las estadísticas empezaron crearse y difundirse, provenientes de distintas latitudes.

Después de esta primera historia que le dio la vuelta al mundo, una segunda ola de horror se hizo manifiesta en el mismo municipio cuando, entre marzo y abril del 2011, fueron desenterrados cientos de cadáveres de fosas clandestinas, de las que llamadas anónimas daban cuenta a las autoridades.

Estas últimas reconocieron el hallazgo de 193 cuerpos. Activistas como Isabel Miranda de Wallace, presidenta de la asociación “Alto al secuestro”, denunciaron que esta cifra en realidad ascendía a más de 500.

Luego, las desapariciones, secuestros y matanzas como las de San Fernando comenzaron a replicarse en más puntos de la República, hasta que hablar del suelo mexicano como una fosa común clandestina y un territorio de reclutamientos masivos, dejó de ser una exageración.

Para finales de 2014, se dio a conocer información desclasificada del Instituto Federal de Acceso a la Información Pública y Protección de Datos (Ifai), a petición de la Agencia de Seguridad Nacional (NSA, por sus siglas en inglés) de Estados Unidos, que daba pruebas testimoniales de la participación de elementos de la policía municipal de San Fernando en esos y otros crímenes, coordinados y llevados a cabo en coadyuvancia con el cártel de los Zetas.

La sospecha empezó a confirmarse: el negocio que implican los migrantes es parte de una red compleja de crimen, infiltrada en más de un nivel de gobierno. No solo pueden ser reclutados para formar parte de ejércitos de sicarios, sino que también los prostituyen, los hacen menudear o transportar droga, extorsionan a

sus familiares y venden sus órganos, por mencionar solo algunos de sus escenarios posibles.

Como suele decir el cura Solalinde, “si algo tienen los migrantes, que los vuelve tan asediados, es justo eso: que cargan con todo en su contra.”

Muchos se preguntan por qué, aún cuando resultan tan valiosos para sus victimarios, muchas veces sus cuerpos son encontrados con los órganos intactos, solo con huellas de tortura. Y no hay respuesta lógica a eso. Los niveles de violencia en México superan al sentido común.

\*\*\*

En una atmósfera distinta al albergue, ahora rodeado de ponentes y asistentes a un coloquio de Filosofía de la Religión en la Ciudad de México, Solalinde Guerra compara con los tiempos actuales aquellos cuando vislumbró por primera vez la comercialización de indocumentados.

“Yo hice esa declaración hace años, cuando aún no podía creerla del todo; ahora la pienso y sé que nunca había sido más clara”, dice, mientras un grupo de oyentes siguen de cerca su plática.

El cura asegura que “lo más triste es que a estas personas las explotan en todo, o en partes; vivos o muertos. Y ya no hay quien pueda negarlo”. Según menciona, lucran hasta con la venta de sus servicios funerarios y repatriación de restos. Lo único importante es tener ganancias.

“Muchos se niegan a aceptar que el tráfico de órganos de migrantes es una realidad vigente en nuestro país. Existe principalmente en Michoacán y Oaxaca, del lado del Pacífico; y en Veracruz, del Golfo. Pero es en el norte donde ocurre de forma más descarnada y a la luz del día. Nos han contado ya de varios casos que obedecen al mismo patrón”, cuenta.

Según dice, hay personas que se encargan de vigilar carreteras donde saben que transitan migrantes, y cuando ven familias enteras (no viajantes solos) se ofrecen a darles “aventón” y un hospedaje con comida y cama segura. Lo cual

no es más que una forma de meterlos en cautiverio de la forma menos sospechosa posible, hasta que el mercado requiera algún órgano de niño, hombre o mujer adultos.

“Ahí los tienen hasta que haya un pedido que, claro, sale bajo la calidad de ‘donación voluntaria’. Entonces, a la persona de quien van a extraer el órgano le aplican una inyección letal, que no daña ningún tejido. Ellos son listísimos. Lo tienen todo calculado y controlado por un equipo médico. Incluso cronometran el tiempo en que retiran en quirófanos particulares la piel de un cuerpo y refrigeran todo lo que necesitarán después”.

Ante miradas atónitas, este hombre de sotana blanca y crucifijo de madera al cuello cuenta el caso de ‘alguien’ (de quien no da más información por cuestiones de su seguridad) que era parte de una banda delictiva, fue luego capturado por autoridades de Estados Unidos y obligado a hacer una demostración de cómo podía desollar a una persona en cuestión de minutos.

Según refiere, son tan eficientes que al mismo tiempo de lo quirúrgico, pueden coordinar perfectamente el transporte terrestre o aéreo que ameriten dichas ‘donaciones’, por más urgentes que sean. Los integrantes de esa banda, dice Solalinde Guerra, se volvieron testigos protegidos de Estados Unidos porque “para ese país la información vale mucho más que una condena a cárcel”.

Muchos pasan a despedirse de él, ante la insistencia de truenos que anuncian una lluvia torrencial al sur de la capital mexicana. Él se enfrasca en un alegato sobre las razones que lo hacen pensar que los niños migrantes son mucho más vulnerables que cualquier otro tipo de indocumentado.

“Son mucho más carne de cañón que cualquier otro. Hemos tenido en el albergue [de Ixtepec] ya varios ejemplos de niños sicarios que trabajan con gente del cártel del Golfo o de los Zetas.

“Por ejemplo, hubo un menor de edad que me contó que se llevó a una chica a un hotel, se volvió loco estando drogado y al final se le hizo fácil matarla. Luego fue muy preocupado con su jefe, le contó lo que hizo, y él le dijo que no había problema, porque siempre llegaban más”.

El cura cuenta que ese chico le confió el suceso, como si se hubiera tratado de una cuestión sin relevancia. “Como si comiera una orden de tacos al pastor”. Y luego le hizo creer que ya estaba harto de pertenecer a una banda delictiva. Le dijo que seguro tendría que pagarle a su jefe muchos miles de dólares para que lo dejara salirse para siempre de ese ‘jale’. Pero que lo haría, porque ganaba bien y le alcanzaba para pagar su libertad.

Al poco tiempo de eso, el joven desapareció de cuanto sitio posible lo buscaron. Solalinde nunca quedó completamente seguro de si él le habló con la verdad, o no. Quizá era una ‘oreja (espía)’; o quizá el jefe se deshizo de él en cuanto supo que quería desandar el camino que ya llevaba medio caminado.

“Este tema es una tragedia. La muerte descarnada de niños migrantes llega incluso a volverse un mensaje sangriento de fuerza y poderío enviado por los grupos delincuenciales a quien sea que les siga los talones. Ahora bien, incluso cuando salen ilesos de México y llegan sanos y salvos a Estados Unidos, muchas veces son interceptados y deportados a sus países o canalizados de nuevo a México para buscar su regularización. Y con ello se arriesgan a empezar desde cero.”

En ese punto hace hincapié el activista, pues aunque hay ejemplos aislados de familias que los adoptan y protegen, a la mayoría, asegura, los ‘jala’ la delincuencia. “Son totalmente inermes. No pueden defenderse a ninguna proposición. Muchos terminan, si bien les va, en una institución de rehabilitación para menores; pero a gran parte de ellos terminan matándolos”.

Solalinde pone un punto final que duele: “Los utilizan todo lo que pueden, y ya. Cuando no se puede más, van con el que sigue...”

\*\*\*

Carlos, el salvadoreño de 16 años de quien la madre *Lupita* sospechaba que era “halcón”, fue un misterio para el equipo del albergue durante mucho tiempo. Un día ya no apareció. Nadie supo más de él, ni sus amigos cercanos. Lo buscaron en retenes y hasta anfiteatros de la zona.

Nada.

A más de un año de la desaparición del menor en Ciudad Ixtepec, Alberto Donis, quien fue hasta 2016 la mano derecha de Solalinde en el refugio istmeño, camina sobre la famosa calle de Génova, entre la Glorieta de Insurgentes del DF y la avenida Paseo de la Reforma. Él ya tiene la respuesta a la interrogante que les ocupó la cabeza por algún tiempo.

“Carlos está vivo, pero se lo llevaron a ‘caminar chueco’. Vive en esta ciudad, con muchachos que andan en malos pasos, según me contaron”. Son las ocho de la mañana de un día entre semana en la urbe, y alrededor todos van con prisa.

Donis se sale un poco del flujo de gente que se mueve en dirección al metro más cercano y, en voz más baja y con menos ademanes de los que suele utilizar, refiere que otros migrantes que también viven en la CDMX le confesaron haber sido en algún tiempo vecinos de Carlos, quien llegó a habitar una casa en donde se movían y vendían más drogas, que cigarros en la esquina.

“¿Me das ‘chance’ de pasar? Traigo prisa”, le dice de mala gana una mujer regordeta con el rostro cargado de maquillaje, quien rebasa a Alberto por la izquierda y le propina un codazo en las costillas.

El joven musita que lo de Carlos es el ejemplo perfecto de noticias que entristecen con facilidad; el tipo de casos a los que “no queda más que mandarles una bendición a la distancia”.

## **Estación cuatro. La ruta de las sugerencias**

Los escenarios para los extranjeros menores y no acompañados al llegar a México son distintos, dependiendo de las condiciones en las que arriben. Pero todos encierran cierto grado de complicación.

A todos ellos los considerarán dentro de los lineamientos que en el país suscribe la Ley de Migración, publicada originalmente en el Diario Oficial de la Federación el 25 de mayo del 2011, y que, aunque ha sufrido desde entonces diversas enmiendas, por ser menores de edad los contempla en la categoría estandarizada a nivel mundial como NNA migrantes no acompañados”.

Incorporados así a un estatus que los concibe vulnerables casi por definición, en teoría se les debe canalizar de forma distinta a cualquier otra persona.

Ello les pone enfrente un arma de dos filos: puede reportarles más protección, o todo lo contrario, hacerlos más visibles y granjearles más acoso y persecución. Depende de qué caminos se les vayan abriendo mientras avanzan.

Atendiendo a su interés superior, que es un aspecto aludido en innumerables ocasiones a lo largo de dicha ley (y al que supuestamente se le da gran importancia) su mejor escenario sería: abandonar sus países de origen, cruzar México sin mayor agravio, llegar a Estados Unidos y empezar a trabajar lejos de miradas y sospechas.

Pero esto casi nunca ocurre. Es más seguro que deban pasar por alguna de las situaciones que se delinear enseguida.

Una de las más posibles es que salgan de su país, lleguen a México y empiecen a encarar la verdadera odisea. La cuestión de poder o no pasar a Estados Unidos dependerá de cuánto conocimiento tengan de rutas, “coyotes” que las transitan y las trampas que deban sortear. O del azar y su buena estrella.

En este punto, por lo general se acercan a amigos con experiencia en el viaje, quienes casi siempre recomiendan cruzar la mitad del país sobre 'La Bestia'. Los abordajes se llevan a cabo en Comitán o Tapachula (Chiapas), o bien, en Tenosique (Tabasco). A partir de ahí, queda avanzar entre selvas sofocantes, sobre un toldo de metal ardiente o gélido, dependiendo del momento del día en que se esté arriba de él.

Aunque hay muchas formas alternas de llegar al norte, será en Veracruz, en la estación de Medias Aguas, cuando tengan que elegir la vía a seguir: la del Golfo, la más peligrosa; la del centro, o la del Pacífico, más larga y tardada, pero un poco más segura que las otras.

La última es muy socorrida en la actualidad. Los migrantes que la han transitado suelen llamarla "la ruta del diablo", debido a las altas temperaturas que soportan cuando pasan por el desierto en Sonora y Baja California, antes de arribar a su destino.



Mapa de rutas de 'La Bestia', elaborado por la ONG Arquitectos con la Gente.

Sea cual sea por la que se inclinen, la meta de estos NNA estará fija en alguno de los puntos terminales del norte que los podrían conectar con una ciudad fronteriza.

De este a oeste, las opciones más usuales son: Reynosa (Tamaulipas), para cruzar a Pharr, Hidalgo o Mission (Texas); Nuevo Laredo (Tamaulipas), para Laredo (Texas); Piedras Negras (Coahuila), para Eagle Pass (Texas); Ciudad Juárez (Chihuahua), para El Paso (Texas); Nogales (Sonora), para Nogales (Arizona) y Tijuana (Baja California), para San Diego (California).

Algunos logran cruzar a Estados Unidos, pero son descubiertos y consignados a autoridades migratorias. Como no llevan documentos en regla, les toca enfrentar la legislación estadounidense y son expulsados del país.

Esto puede ocurrir de inmediato, cuando los deportan sin aspavientos y los devuelven a sus naciones; regresándolos a México (por ser sitio puente) para que, a su vez, aquí tengan oportunidad de regularizar su situación migratoria o se coordine el regreso asistido a su país de origen; o antecediendo a esta última opción una residencia temporal en alguna estación migratoria estadounidense. Lo cual casi tampoco pasa. Para Estados Unidos, mientras más rápido abandonen su territorio, es mejor.

Esto es parte de un tema complejo. A tal grado, que propició la crisis humanitaria declarada por dicho país en 2014, debido a la sobrepoblación de menores migrantes esperando su deportación en estaciones de paso. Según datos del gobierno de Estados Unidos, en dicho año alrededor de 70 mil NNA no acompañados fueron detenidos por la Patrulla Fronteriza.

Hay otros NNA que llegan a México, pero no consiguen ir más al norte, porque en el país las cosas se les complican. A muchos de ellos los roban, secuestran, extorsionan o intentan reclutar para alguna célula delictiva, y desisten de cruzar la frontera.

En ese momento unos deshacen sus planes y regresan a su hogar; otros (pocos, en realidad) optan por acercarse a alguna autoridad migratoria mexicana para denunciar los agravios a que se vieron sujetos y ver qué procede.

Los migrantes no conocen de leyes de México, mucho menos de los derechos a que son acreedores solo por estar en el país. Pero también es cierto que no hay demasiados esfuerzos por hacerles llegar esa información, que incluso podría permitirles radicar de manera legal, por medio de un salvoconducto “humanitario” expedido por el gobierno mexicano.

Es así como quienes deciden no volver a su país, y no regresar a Estados Unidos de inmediato, denuncian los agravios de que fueron víctima en el camino para hacerse del recurso oficial: la Visa Humanitaria que les permite quedarse en México más tiempo.

Cuando interponen dicha queja corre un proceso consignado en el artículo 120 de la Ley de Migración mexicana, en el que por ser menores no acompañados, o bien, víctimas o testigos de delitos cometidos en territorio nacional, no son deportados y (en atención a su voluntad o interés superior) pueden sujetarse al procedimiento de retorno asistido o de regularización de su situación migratoria.

Si se trata de cualquier otro migrante que no se encuentre en una situación “tan vulnerable” como la de un menor, y haya sido ofendido, víctima o testigo de algún delito cometido en México, “se le autorizará para permanecer en el país hasta que concluya el proceso, al término del cual deberán salir del país o solicitar una nueva condición de estancia, con derecho a entrar y salir del país cuantas veces lo deseen”.

Los términos cambian para una y otra situación, pero las puertas no se cierran.

Los NNA que deciden la opción de la Visa Humanitaria, deben esperar hasta el final para considerar “en regla” su presencia en el país, en caso de serles aprobada. Y el tiempo que eso dura lo pasan en una estación migratoria o en un alojamiento especial del Sistema Nacional para el Desarrollo Integral para la Familia (DIF), donde comparten espacio con otros menores en su misma condición, nunca con adultos.

Al menos, eso es lo que dice el papel publicado el 25 de mayo del 2011, en el Diario Oficial de la Federación (DOF).

Estos son procesos administrativos largos y engorrosos, en los que generan mucha ambigüedad términos como el “interés superior” del migrante y el principio de “la unidad familiar”, pues con frecuencia son tergiversados en nombre de intereses que los rebasan y que benefician siempre a otros.

Entonces, no solo a punta de balas o amenazas se les ha violentado, sino por omisión o al aprovecharse de su ignorancia en estos temas. No saber las bondades que les da la Ley de Migración mexicana también los vulnera; y eso que más de un especialista asegura que son varias las ventajas que se les conceden, en comparación a lo que pasa en otras naciones.

Algo que sorprende al hablar con distintos indocumentados, es que gran parte de ellos argumenta que prefiere guardar silencio ante violaciones sufridas, antes que ser descubierto y regresado de inmediato a sus tierras.

Se trata de un miedo infundado, porque no está escrito en ninguna parte. Queda evidencia así de que uno de los problemas originales de todo esto, y que a su vez desencadena muchos más después, es que desde el principio ellos se autoasumen de forma errónea como infractores.

La legislación mexicana estipula al respecto que ser extranjero y no tener documentos en regla no los convierte en delincuentes. Desde la última reforma importante a la Ley de Migración, en 2009, su condición se descriminalizó oficialmente: ser migrante sin cédula dejó de considerarse delito. Hoy ni siquiera es una falta administrativa.

Ya desde el segundo artículo de dicha legislación se jura “respeto irrestricto de los derechos humanos de los migrantes, nacionales y extranjeros, sea cual fuere su origen, nacionalidad, género, etnia, edad y situación migratoria, con especial atención a grupos vulnerables como menores de edad, mujeres, indígenas, adolescentes y personas de la tercera edad, así como a víctimas del delito”, al tiempo que afirma que “en ningún caso una situación migratoria irregular preconfigurará por sí misma la comisión de un delito, ni se prejuzgará la comisión

de ilícitos por parte de un migrante por el hecho de encontrarse en condición no documentada”.

La idea es muy clara; su aplicación, no.

De tinta y palabras se han llenado cientos de hojas, sin que ello signifique una mejora notoria de la situación. Son numerosos los especialistas en el tema que opinan que esta ley es buena, pero que no opera más que como una sugerencia.

Por ejemplo, en un folleto escrito y diseñado por el INM para migrantes de paso, se consigna que todos ellos tienen derecho a:

<b>La no discriminación</b>
<b>Información de su situación</b>
<b>Asistencia legal</b>
<b>Traductor</b>
<b>Protección o asistencia consular</b>
<b>Salud</b>
<b>Alojamiento en condiciones dignas</b>
<b>Comunicación</b>
<b>Recepción de visitas</b>
<b>Tener recreación</b>
<b>Solicitar asilo</b>
<b>Regularización o retorno asistido</b>
<b>Visa por razones humanitarias</b>

Un trámite para conseguir la tan anhelada visa que buscan muchos de ellos dura, en inicio, alrededor de tres meses, durante los que a los solicitantes pueden pasarles varias cosas: desde que padezcan cada día de su estancia en las estaciones migratorias por la sobrepoblación en dichas instalaciones y las pobres condiciones de su manutención, hasta que se aburran, al punto de escapar para empezar de nuevo y por su propia cuenta, la aventura de cruzar “al otro lado”.

Para los que tienen paciencia y resisten hasta el fin, conseguir el documento oficial les asegura la obtención de una cédula física que les permite moverse por todo el territorio nacional, sin ninguna complicación, bajo la protección asistencial del Estado y con una posibilidad de renovación anual.

## **Estación cinco. Sueños enjaulados**

A estas alturas, una parada obligada en esta ruta temática tiene que ver con la detención de menores en estaciones migratorias. Dicha práctica, a la luz de cualquier legislación, ya sea nacional o internacional, es ilegal.

Según manda la ley, de los niños migrantes en México debe encargarse en primera instancia el Sistema Nacional para el Desarrollo Integral para la Familia (mejor conocido como DIF).

La abogada Mónica Oehler trabajó más de dos años en la organización humanitaria Sin Fronteras y palpó de forma directa el problema de estos menores de edad durante ese tiempo. En la institución pudo constatar que, aunque en teoría no podía haber niños en dichas estancias, estaban en realidad repletas de adolescentes entre 15 y 17 años.

En el discurso oficial su presencia en esos sitios no responde a una “reclusión”, sino a un “alojamiento”. Y con eso basta y sobra para que muchos debates se den por terminados.

Saturada de pendientes y en plena mudanza de oficina en su nuevo empleo (ahora labora en Amnistía Internacional), concede una entrevista durante su única hora “libre”: la comida. Una fonda atiborrada de oficinistas es el escenario de una plática en la que hace una radiografía de la situación.

“Desde la reforma hecha en 2009 a la legislación mexicana, solo puede llegar a considerarse una falta administrativa, y no un delito, ser migrante. Pero ni la operatividad de lo asentado, ni el presupuesto destinado al rubro, fueron adaptados a las condiciones imperantes”, dice ella.

Explica que uno de los problemas principales se origina cuando el Instituto Nacional de Migración (INM) se comunica con el DIF para notificarle que ha llegado un determinado número de menores, y que ya toca a dicha dependencia hacerse cargo ellos, pero esta última ya no encuentra cómo darse abasto.

Según Mónica Oehler, el mecanismo incluso resulta muy oneroso para la dependencia.

Por esa razón los NNA se quedan reclusos en las estancias del INM, en donde, a pesar de que por reglamento deberían tener un área exclusiva, es común encontrarlos en condiciones de hacinamiento, con más gente de todas las edades.

De las 59 estaciones migratorias en el país, las menos terribles, según la especialista, son la de la ciudad de Oaxaca, la de Tapachula (Chiapas) y la de Acayucan (Veracruz). Y entre esas la de Tapachula es la más digna, pues nació como un intento del gobierno del expresidente Vicente Fox de renovarlas y fue beneficiada con más presupuesto del que recibieron otras, que lo necesitaban por igual.

Si a lo anterior se suma lo tardado de los procesos de regularización para un extranjero, y la información oficial obsoleta (Oehler menciona que a muchos conviene tenerla desactualizada), se entiende por qué estos “alojamientos” son un dolor de cabeza nacional.

Mientras ordena los tiempos de su menú, por encima del ruido de cacerolas, cucharas y más voces, la activista hace memoria de lo que implica pisar el interior de una casa de ese tipo. Ha estado en varias ya, pero recuerda a la perfección cuando la dejaron ingresar a la estación de Agujas, en la calle del mismo nombre, en Iztapalapa.

Dice recordar su acceso después de hacer varios trámites y meter igual número de permisos y firmas. “No cualquiera lo consigue, en especial si los encargados del sitio se enteran que vas a mirar con ojos críticos. En resumen: es pura burocracia”.

Un caldo humeante y una generosa orden de tortillas recién sacadas del comal se ponen entre ella y su siguiente afirmación:

“Yo logré entrar porque estuve de suerte ese día. El guardia era nuevo y no tenía tanta experiencia. No preguntó demasiado y me dejó pasar. Ya en el lugar se vive otra realidad: hay custodios con armas cerca de las celdas, observando todo

el tiempo, cual si se tratara de una cárcel. Los niños están detrás de barrotes. Pero eso sí: en lugares visibles ponen grandes letreros que anuncian que el INM defiende, ante todo, los derechos de los migrantes”.

La especialista menciona que en muchos testimonios sale a relucir la existencia de llamados “cuartos de los sueños”, que no son sino salas de castigo en donde ingresan quienes infringen las reglas de la estancia.

Para merecer ingresar a uno de ellos, supuestamente debió haberse cometido una falta grave, como atentar contra la integridad de alguna otra persona ahí dentro, o incitar al desorden.

Estos espacios no están prohibidos por el Derecho Internacional, pero sí deben ser regulados con gran precisión y cuidado, tomando como base estándares internacionales en donde, bajo ninguna circunstancia, hay lugar para la tortura.

Hay informes como el del Instituto para la Seguridad y la Democracia (Incyde), del 2014 y basado justamente en la estación de Agujas, en el que se da cuenta de casos en los que, por faltas menores, los NNA son ingresados a cuartos en donde son víctima de aislamientos prolongados y duros castigos.

De acuerdo con migrantes entrevistados por miembros de la institución, al hacerse acreedores de purgar una pena en un “cuarto de los sueños”, eran confinados a una mazmorra sin ventilación, fría y húmeda o incluso mojada, donde eran golpeados por agentes o guardias y en la que eran colocados por ser testigos de agresiones físicas a migrantes por parte del personal de la estación, por haber exigido el cumplimiento de sus derechos o solicitado servicios básicos de subsistencia.

Según Oehler, es de notar la forma en que estos menores tienen conciencia y se apropian de su situación. Sus necesidades e intereses, dice, son distintos a los de cualquier otro niño pero, al mismo tiempo, cada uno de ellos está configurado por antecedentes muy peculiares.

“Sus mayores preocupaciones son básicas: el aburrimiento, el frío o la falta de juguetes y entretenimiento. No obstante, aunque son niños o adolescentes, ya tienen una vida súper hecha y este tipo de violencia los hace madurar rápido y a la fuerza. La mayoría ha vivido muchísimo, tienen hasta familias conformadas. A otros, cuando se les pregunta su razón de migrar, contestan que vienen huyendo de la violencia de sus países”.

A muchos de estos NNA les aterra ser reclutados por las pandillas de sus lugares de origen. Si se piensa en lo que les aguarda en México, parece resultarles casi lo mismo: solo que ya no son “maras” u otros enemigos locales quienes los asedian, sino los cárteles de este lado de la frontera.

Con semejante panorama, a casi cualquiera se le arruinaría una comida. Pero eso no va con Mónica, quien después de años de trajín en el mismo círculo de historias, está acostumbrada a eso. Y a más.

Con apremio, pide la cuenta y se dirige de regreso a su cubículo, donde llegará a empacar cajas de expedientes, pruebas e injusticias de todos los días, que solo van a mudar de domicilio.

## Estación seis. Las facturas del viaje

Jhoselin Noemí Álvarez Quillay tenía doce años cuando salió de Ecuador para reencontrarse con sus padres, en Nueva York; ellos ya habían pagado los servicios de un pollero que la llevaría.

Pero ella nunca pisó Estados Unidos.

Apenas treinta y tres días después de abandonar su país, en agosto de 2014, Jhoselin Noemí fue encontrada muerta en el baño del albergue para migrantes Villa Esperanza, de Ciudad Juárez, Chihuahua.

Llegó ahí luego de que la detuvieron junto con el “coyote”, a escasos metros de poder cruzar la frontera. A él lo presentaron de inmediato ante las autoridades; a ella la redireccionaron al DIF, quien a su vez la recluyó en dicho refugio, bajo su jurisdicción.

Las investigaciones iniciales de la PGR hicieron pública la versión de que la menor simplemente se había suicidado, colgándose de una cortina, en los sanitarios del sitio donde estaba alojada. Solo eso. Las pesquisas no llegaron a más.

Fue hasta el inicio de un conflicto diplomático con Ecuador por ese asunto, que la PGR dio a conocer un pequeño detalle, pasado por alto desde el inicio, y que marcaba una gran diferencia en el giro del caso: la autopsia realizada al cuerpo de la menor reveló que había sido abusada sexualmente, entre tres y cinco días antes de quitarse la vida.

Así fue como empezaron a brotar datos desconocidos, desde lugares inusitados. Mediante registros se descubrió que era su segundo intento de cruzar la *border line*. Luego dieron a conocer que la Procuraduría había capturado a 42 sujetos, miembros todos de una banda que se dedicaba a llevar indocumentados “al otro lado”, y a la que pertenecía su “coyote”.

Después dieron carpetazo al caso.

En diciembre del mismo 2014 se supo de otro. Una niña guatemalteca, Evelin Lorena, se ahorcó con un cinturón al interior de su cuarto, en el estado de Tabasco. Su madre tenía planes de alcanzarla pronto en dicha entidad del sureste mexicano, para viajar juntas hasta el norte. Lo cual, sobra decirlo, tampoco ocurrió.

La diferencia con este segundo ejemplo fue que Guatemala no le dio seguimiento. México, menos. Se consideró como un suicidio aislado, uno más en la ola creciente de la estadística del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI). Pero de “aislados”, estos eventos no merecen ni el nombre.

La sangre es escandalosa. A más de uno estas noticias le habrán interesado por el morbo que genera la muerte: por ser de un extranjero en territorio nacional, por tratarse de niños y por implicar suicidios. No obstante, es difícil que la hemorragia deje ver con claridad cuál es la herida real.

Pocos son los que se han alarmado ante esto y se han aventurado a encontrar razones más allá de dictámenes periciales y primeras planas de nota roja. Las repercusiones psicológicas de la migración en una persona no son cosa menor. Pasar por alto este factor no lo minimiza en absoluto, sino todo lo contrario.

Carolina Carreño y Adriana Hernández son psicólogas doctoradas en la materia, que están día a día en el cuartel mexicano de Sin Fronteras, una de las organizaciones para la defensa de Derechos Humanos más importante en el mundo.

Antes incluso de contestar preguntas o enunciar teorizaciones sobre el asunto, se confiesan emocionadas de saber que el mismo está cobrando relevancia de estudio a nivel nacional.

Al centro de una sala de juntas con paredes tapizadas de los carteles de campañas vigentes en Sin Fronteras, así como pizarras garabateadas con ideas y flechas, las especialistas defean acomodan sobre la mesa folletos, tablas, incluso recortes de prensa local.

Ambas, de maneras sutiles y voces parsimoniosas, se complementan y alternan para reconstruir la psique de los menores migrantes. Luego de años de convivencia cercana con el fenómeno, llevan muchas historias en su archivo mental. Para cada arista temática tienen ya listo un recuerdo, con nombre propio y nacionalidad.

Sin necesidad de avanzar demasiado, hacen la aclaración de un tópico que muchos dan por hecho, cuando es “hasta irresponsable” pasarlo por alto.

“El acto de migrar no es causante de afectaciones a la salud mental de una persona; lo que sí, son las circunstancias que lo rodean y que pueden llegar a interferir en la integridad mental y física de la persona”, asegura Carolina Carreño.

Partiendo de eso explica que, sea cual sea la edad del individuo en cuestión, los impactos psicológicos de su situación redefinen a ésta de forma constante. Según explica, las principales repercusiones al respecto se consideran dentro de la categoría especial de “pérdida”.

El migrante sufre varias mermas desde que sale de su hogar. Pueden ser económicas, familiares, de identidad, educacionales, entre muchas otras. Por lo general, cualquiera de ellos pierde más de lo que gana. “Y aunque podría parecer que solo se afecta su persona, en realidad también incide en el tejido social de su comunidad”, advierte Adriana Hernández.

Esto es algo que se conoce como “impacto psicosocial”; es decir, un conjunto de repercusiones individuales que trascienden y modifican un entorno más amplio. Dejan verse cuando, por ejemplo, un hombre parte de su hogar para ir tras “el sueño americano”, pero al mismo tiempo mucha gente de la zona hace lo mismo.

De esta forma, la comunidad empieza a reestructurarse en función de las bajas masculinas en las familias, lo cual luego puede traducirse en cambios de costumbres, organización política, tradiciones, juego de roles, etcétera.

Con sus manos rebosantes de anillos plateados, Adriana Hernández hace ademanes de forma recurrente y pone énfasis en que justo el “impacto

psicosocial” del tema es un punto más a favor de estudiar y conocer los efectos de migrar: por su repercusión a nivel macro.

Hernández y Carreño, ambas egresadas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), creen que debe regresarse a las partículas iniciales, a los migrantes de a pie, para poder después verlos en conjunto y con mejor perspectiva.

Tras años de escuchar testimonios de primera mano, las doctoras han identificado entre sus pacientes extranjeros que van de paso por México estas conductas reincidentes:

<b>Altos niveles de estrés</b>
<b>Ansiedad</b>
<b>Trastornos de alimentación</b>
<b>Trastornos de sueño</b>
<b>Somatización</b>
<b>Cuadros de depresión común</b>
<b>Cuadros de depresión post traumática agravada</b>
<b>Ideaciones suicidas</b>
<b>Realización de ideas suicidas</b>

No se trata de rutas psicológicas que todos sigan a pie juntillas. Pero sí son bastante comunes en el caso de los adultos. Cuando se trata de menores de edad, hay algunos puntos que cabe observar por separado, porque requieren de atención personalizada.

Según las psicólogas, a ellos les impacta con más fuerza la imposibilidad de educación, la rotura de vínculos amistosos y familiares y el aislamiento a que se ven obligados por desconfianza a casi todo lo nuevo que les ofrece el nuevo país de residencia (o de paso).

Y algo más, de gran relevancia: es justamente en la niñez y adolescencia cuando se definen muchos de los rasgos de la personalidad y autoestima del

individuo. Por una razón adicional, si migran durante esa etapa de su vida, quedarán marcados por siempre.

Aunque, según las especialistas, si los resabios de la experiencia traumática de viajar a través de México son tratados a tiempo en un menor de edad, es más probable que las heridas psíquicas curen más rápido, que en el caso de un adulto, pues así lo permite la maleabilidad natural de un cerebro joven.

Casos como el de Nohemí y Evelin son ejemplos de daños psicológicos llevados al extremo, por no recibir atención a tiempo. O por no tenerla de ninguna forma.

“Para que un menor decida quitarse la vida, es porque ya lleva muchas malas historias en su haber”, asegura Carolina Carreño.

En la habitación impera un silencio denso, roto apenas después por el rozar de unas hojas de papel periódico que esparce Carreño, y en donde las notas del día dan cuenta de los dos decesos referidos.

La mujer, que hoy porta un pin verde de Sin Fronteras sobre una blusa con motivos oaxaqueños indígenas, enumera algunos factores que contribuyen a que muchos consideren al suicidio como una opción: en primer lugar, cuenta las violaciones de derechos humanos sufridas en el camino, aunadas a un profundo y recurrente sentimiento de abandono, estando lejos de casa.

A ello suma un factor que solo es perceptible cuando el menor migrante ha sido puesto en manos de autoridades migratorias, pero que es importante para el estudio, pues retrata malas estrategias gubernamentales: se trata de los OPIS (Oficiales de Protección a la Infancia).

Según la página oficial del INM, “son Agentes Federales de Migración que tienen como principal tarea garantizar el respeto a los derechos humanos de los niños, niñas y adolescentes migrantes, en especial a los no acompañados”.

Hoy el INM cuenta con presencia de OPIS en sus 32 Delegaciones Federales. “Son seleccionados de conformidad con un perfil elaborado por el

Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF) y reciben capacitación continua y especializada”.

La figura de estos OPIS es resultado del Modelo de Protección a Niños, Niñas y Adolescentes Migrantes no Acompañados, que implementó el Instituto Nacional de Migración en 2007.

De acuerdo con las activistas de Sin Fronteras, la versión dada por quienes han estado en contacto directo con OPIS, o que han hablado con menores bajo su “cuidado”, es distinta en casi todo a lo consignado por el INM. La opinión general que se tiene de ellos es que son incompetentes para sus funciones básicas: proteger, ayudar y asesorar.

Mónica Oehler, miembro de Amnistía Internacional que habló del tema dentro de una fonda de comida en la colonia Benito Juárez del DF, recalca que “Se trata de oficiales migratorios de detención, que reciben una capacitación mínima y que son habilitados como especialistas en niñez y adolescencia. Así, ¿cómo pretenden que puedan cuidarlos como se debe?”, cuestiona indignada.

Según refieren ella y las dos representantes de Sin Fronteras, si hay algo que les falta a estos agentes, además de formación, es sensibilidad y empatía. El problema es que la forma en que fueron adiestrados de principio los enseñó a ver desde la óptica de la captura en flagrancia, la detención y el castigo.

Mientras dobla y apila periódicos chihuahuenses donde asoman fotos de migrantes, Adriana Hernández dice que desde hace mucho tiempo considera que un cambio en los parámetros de reclutamiento o de capacitación de los OPIS haría una gran diferencia en el asunto de la migración en México.

“Aunque ese hecho pudiera parecer cosa menor, no lo es. De ninguna forma”, concluye.

## **Estación siete. Jugadores del mismo equipo**

El migrante desconfía hasta de su sombra. Y su reacción es justa. Pedirles que no sientan recelo en un país donde cada oportunidad puede ser una trampa camuflada, es tan imposible como querer hacerles creer que pueden estar con la guardia baja frente a autoridades, del tipo que sean. Porque ejemplos de malas y fatales experiencias abundan.

Jorge Moncada tiene 20 años y es hondureño. Él no es un menor migrante, pero sí un botón de muestra de algo que le pasa a muchos durante el trayecto. Salió hace casi dos años de su país, ama México y estuvo a un número telefónico, garabateado en un pedazo de papel, de morir.

Tiene la piel morena y una cara de rasgos delicados, con unos rizos que le caen engominados sobre la frente. “Yo salí de Olanchito con mi mamá y mi padrastro. Llegamos a Chiapas, a Arriaga, y desde ahí hasta el albergue del padre Solalinde en autobús”.

Según cuenta, sí consideraron tomar el tren, pero pronto les llegaron rumores de que habían estado tirando a la gente que se subía, y su mamá entró en pánico, así que desistieron de la idea.

Tuvieron suerte de que, justo el día de su arribo al albergue de Ixtepec, una caravana de 100 migrantes partía hacia la Ciudad de México a solicitar una mesa de diálogo con la Secretaría de Gobernación (Segob). Entonces, se les unieron.

Oscurece y se oye un pitido largo y cercano, seguido del estruendo y crujido metálico de las más de 50 toneladas de ‘La Bestia’ galopando sobre sus vías. Por alguna razón, todos saben que esta noche los vagones de “El tren de la muerte” se quedarán en Ixtepec, así que a nadie parece importarles demasiado su arribo.

Jorge no se inmuta, acaso voltea a ver cómo la luz mortecina que emiten unas celdas solares dan contra la superficie lisa de la gran máquina. Está acostumbrado a ver el mismo espectáculo muchas veces por semana.



**Los vagones de la muerte llevan a costas miles de vidas; todas, irremediablemente, terminan por acostumbrarse a su rugido de horror.**

Reanuda sin mayor desvío su relato: “Luego de estar un mes en el DF, mi amiga Paola (hondureña, también) y yo decidimos adelantarnos pidiendo “aventón” hasta el norte. Yo pensaba esperar por allá a mi mamá. En Nuevo Laredo, Tamaulipas”.

Pero apenas pisaron tierra de Reynosa y abordaron un camión hacia el tan anhelado Nuevo Laredo, los secuestraron.

“Llevábamos una media hora de camino, cuando se subieron unos tipos con radios para comunicarse, y nos empezaron a preguntar de todo. Yo ahí me di cuenta que estaban puestos de acuerdo con los del transporte, porque el conductor hasta se bajó a platicar con otros que se quedaron abajo. Nos apearon y fueron por más migrantes que venían en otro bus”.

Les quitaron sus cosas y luego los llevaron hasta una casa donde había alrededor de treinta personas. Los requisaron y les exigieron números de teléfonos

de familiares. Al otro día los trasladaron a una nueva residencia, donde tenían reclusa a más gente. Y empezaron a hacer llamadas a sus países. Los captores les daban un celular, para que en su presencia hablaran con sus allegados, les dijeran que estaban secuestrados y que necesitaban dos mil dólares (como mínimo) para salir libres.

Pero Jorge fue astuto. Tuvo una oportunidad de burlar la vigilancia de los secuestradores y no la dejó ir. Llamó al único número de México que tenía, que era de Alberto Donis, el segundo al cargo del albergue en Ixtepec, y que había guardado por pura suerte en un papel arrugado, en uno de sus bolsillos.

Así, después de intercambiar unas palabras con su madre, que por casualidad se encontraba ese preciso día cerca de Donis, le hizo saber las coordenadas exactas de su situación. Nadie se dio cuenta de nada en la casa de seguridad donde los tenían; pero en la Ciudad de México empezaron a movilizarse para rescatarlos.

Once días. Pasaron once días hasta que la Procuraduría General de la República (PGR) llegó con un convoy de diez camionetas cargadas con policías, para liberarlos del encierro. Todo, gracias al papel arrugado y a la capacidad de Alberto Donis para mover cielo, mar y tierra hasta dar con todos ellos en el norte.

“Por suerte, ese día movieron a migrantes de la otra casa a la de nosotros. Éramos 116 y estaba llenísimo. Todo pasó muy rápido. De repente vimos cómo los dos que nos estaban cuidando todo el tiempo salieron corriendo por un pasadizo de arriba y escaparon. Luego recuerdo gente llorando en la planta baja y los policías entrando y buscando a los secuestradores en la casa.

“Supimos que capturaron a tres de los bandidos, mientras a nosotros nos llevaron a declarar ante la PGR en Iztapalapa. Iban también las dos muchachas hondureñas que nos alimentaban y que trabajaban para los tipos que nos tenían presos. Muchos migrantes las acusaron. Yo no, porque imaginé que las habrían capturado igual. Y pues, somos hermanos”, asegura.

Después de todo el protocolo de las declaraciones, Jorge fue aconsejado por gente del albergue de Oaxaca y solicitó una Visa Humanitaria para quedarse

en México. Su madre y su padrastro se aventuraron a pasar de “mojados”. En el intento, ella fue deportada a Honduras y su pareja cruzó y ya vive en Estados Unidos.

Jorge sueña con ser actor de teatro. Nunca ha debutado en un escenario, pero algo le dice que tiene talento. Vivió medio año en la Ciudad de México, trabajando seis días a la semana en un puesto de quesadillas del Centro Histórico. Participó en dos documentales sobre migración: como actor, y como testigo de primera mano.

En julio de 2015 se trasladó a la frontera de Chiapas con Guatemala para recoger a su madre, quien otra vez intentará cruzar a Estados Unidos. Hoy residen en Monterrey, Nuevo León, pues ella espera la indicación de su esposo para confiar su destino a un ‘pollero’ y él le hace compañía mientras tanto.

“No pienso irme p’al norte. Para ser sincero, lo mío, lo mío, es el DF”, afirma Jorge. Y sonrío.

\*\*\*

De este tema sobra información. Las coordenadas del fenómeno son claras y precisas: se sabe qué, cómo, cuándo, dónde y quién hace lo que hace. Entonces, ¿por qué parece que nada cambia?

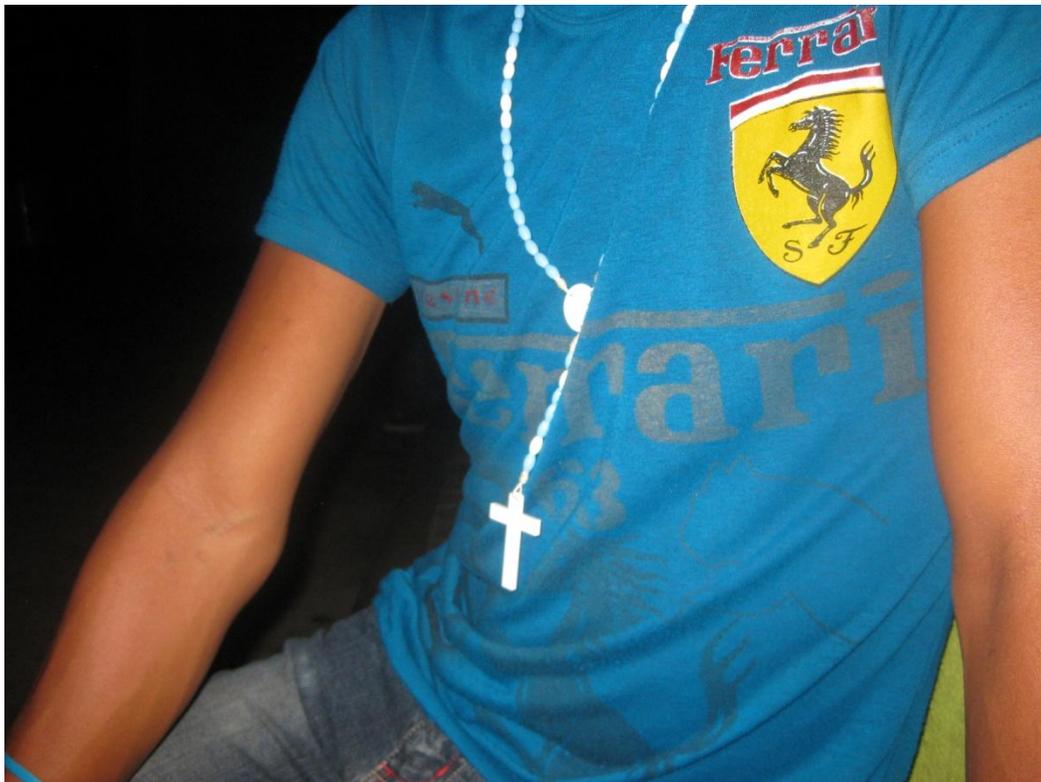
Para la activista Mónica Oehler, no es más que por la implicación de autoridades en infinidad de casos, cientos de ellos, documentados. Y porque el negocio es redondo, en más de un sentido. “A nadie, excepto a los migrantes, le conviene que se acabe. Por eso no hay una mano institucional que haga algo real para poner al menos un freno”, refiere.

La colusión entre diversos actores y niveles de poder en este tema son asunto cotidiano. No solo se da entre transportistas y sicarios, narcotraficantes y polleros; también se meten al ruedo autoridades migratorias, policiales y hasta políticas.

Es algo que se sabe, una verdad que pocos tienen el suficiente valor para señalar en voz alta, justo porque se gravita en torno al poder. Y eso pesa. Pesa mucho. Salen hasta debajo de las piedras testimonios en los que indocumentados aseguran que gente investida con insignias oficiales los baja de camiones, les roba en el camino o los confina a casas con más secuestrados.

La corrupción es lugar común. “Fueron los federales”, “fueron los militares”, “eran de ‘la migra’”, se escucha con frecuencia salir de bocas agraviadas y marcadas para siempre por la desgracia y la injusticia.

Héctor también es hondureño. Tiene 16 años, con una madurez que gente con el doble de edad no logra conseguir. Héctor es una fuente interminable de ánimos, apresados en un cuerpo correoso; un amante del “México lindo” que le robó casi todo; un ebanista que quiere llegar al norte para volver a Honduras y convertirse en el jefe del taller más grande de su pueblo.



Héctor quiere hacer los mejores muebles de su pueblo; México lo ha moldeado a él desde que llegó.

La vida le había enseñado poco, hasta que descubrió que de este lado del continente es donde conocería verdaderas complicaciones. “Fue en México donde empezó lo bueno de mi aventura, que de bueno poco tuvo”, dice, sentado en una escalera de concreto del Albergue de Ixtepec.

Ni bien había llegado a las sofocantes sombras de Arriaga, tuvo lugar el primer robo. Fue en una de sus expediciones en el monte, en medio de la nada, por querer rodear un retén migratorio. Unos hombres le quitaron todas sus pertenencias, a sus amigos también. Pero siguieron juntos la andanza. Caminaron media hora hasta un pueblo llamado Mapastepec, y ahí volvieron a atracarlos.

“Solo que ahí no fueron ladrones; eran uniformados. Acá hasta la policía asalta: ¡qué bárbaros! Supe que pertenecían a ellos porque cínicamente estaba ahí una patrulla, y porque todos andaban con placas, ¿entendés? Por un momento pensamos que eran de “la migra”, hasta que nos advirtieron que para seguir en la brecha debíamos alistar tres mil pesos.

“Por suerte, uno de los que venía con nosotros se había guardado dos mil veinticinco. Me acuerdo bien: no les importó, nos aceptaron dos mil y nos dejaron las vueltas (el cambio) para que cogiéramos un bus a alguna parte”.

Eso hicieron, pero cada quien a una distinta. Los amigos cruzaron a Estados Unidos y Héctor sigue en un refugio de Oaxaca, pero está convencido de “que no hay una cosa que pase en la vida, que no tenga una razón de ser. Por algo no pasé. Algo tendré que hacer por acá, todavía. Solo Dios lo sabe”, dice.

Su voz es de esas que delatan fiereza interior desde la entonación. “Aún con todo lo que ha pasado, amo México. Haría mal con odiarlo, como muchos de mis compatriotas hacen. Esta tierra no tiene la culpa. Maldad hay en todas partes, no es algo que tenga que ver con las fronteras”.

Héctor mira el horizonte, como avistando nuevos caminos.

“Yo sé que lo voy a lograr. Y no falta mucho”.

Otro ejemplo. El pasado 2 de marzo de 2015, Alejandro Solalinde suscribió un comunicado de prensa en el que denunció cómo integrantes del INM y de la

Fiscalía de Atención al Migrante impidieron el acceso a la justicia a siete de ellos, víctimas de robo, abuso de autoridad, privación ilegal de la libertad y tentativa de extorsión por parte de agentes de la Agencia Estatal de Investigaciones (AEI).

En el texto se explica que, lejos de ayudarlos a buscar algún tipo de reparación del daño, o concesión de Visa Humanitaria, se hizo caso omiso a sus demandas y, más aún, se les deportó de inmediato a sus respectivos países.

Tal como cuenta Mónica Oehler, datos validados por Sin Fronteras refieren que alrededor de cuatro de diez autoridades incurren en actos de corrupción contra los migrantes.

Por eso, al replantear la pregunta de “¿por qué nadie hace lo suficiente para que esto acabe?”, se enumeran en automático palabras como omisión, encubrimiento, complicidad, corrupción, conveniencia, solo por consignar algunos términos.

## Estación ocho. Viacrucis y planes fallidos

Margarita es lo que cualquier istmeño llamaría “una juche”, por ser oriunda de la enigmática y “heroica”, como todos la hacen llamar en la región, ciudad de Juchitán de Zaragoza. De caderas anchas, piel tostada y flores naturales enredadas en el cabello negro, carga sin discusión con la esencia de su tierra en el aspecto y la idiosincrasia.

Por razones familiares y amorosas, no reside en su ciudad natal, sino en Ixtepec. Margarita tiene 32 años; un hijo pequeño que le acapara las horas de sus tardes; un hermano ‘muxe’ (homosexual, en zapoteco) a quien adora y un puesto en el mercado de Ixtepec que alimenta a cuanto pescador, obrero, periodista, ‘malandro’, centroamericano o sociólogo pase por su pasillo henchido de guisos regionales.

Mientras prepara una orden de garnachas, el platillo por excelencia del rumbo, para un estómago vacío tras horas de camino en carretera, retrata sin miramientos una situación en la que casi nadie repara.

“Por acá pasa gente de todo. Igual vienen a almorzar extranjeros con tremendas cámaras, vecinos, loquitos y ‘malandros’ que ya conocemos, el cura de los migrantes y pues sí, los migrantes también. Solo que ellos no pagan; más bien, piden que les des caridad porque según no traen ni un peso. Quién sabe...”, cuenta, mientras fríe la carne que llevan encima las diminutas tortillas que escurren aceite.

Margarita le pide a su ayudante, una mujer mayor, de faldas igual de amplias y con un perfil nativo innegable, que le acerque una olla. En el cartel improvisado que anuncia el menú del día, se incluye un platillo que podría parecer hasta atroz para un paladar inexperto en dotes culinarias istmeñas, pero que en este sitio es más común que las famosas tlayudas: caldo de iguana verde.

La mujer acerca la olla, de donde asoma una cola delgada color limón, y Margarita procede a poner en orden cada ingrediente, para lograr la receta por la que ya espera un comensal.

“Nosotros no les hacemos feo, no les tenemos mala fe ni nada; si no, ni siquiera los dejaríamos vivir acá”, dice. “Yo no creo que la gente de Ixtepec los discrimine, lo que pasa es que luego ellos se buscan que piensen que todos son igual de vagos”.

La mujer dice que a ella nunca le han hecho nada, aunque suele caminar bastante de noche, cuando ya no hay ni un alma en la calle. Pero a muchas amigas suyas sí las han acosado.

“Primero, los hombres son unos pelados, y me han dicho que luego roban a la gente que ven sola. Aparte, su aspecto no es muy agradable y se la pasan dando vueltas y echando ojo por ahí. Hasta los chamaquitos centroamericanos andan en las mismas, porque no tienen trabajo.”

A su vez, Joel atiende una pequeña y empolvada tienda que está en la entrada del albergue “Hermanos en el camino”, donde quienes tengan algunos pesos de más pueden darse el lujo de comprar cigarros, algún yogur helado o pastelillos empaquetados.

“No, nosotros no los discriminamos. Los complicados son ellos”, asegura. “Dan muchos problemas, se pelean muy recio cuando se llegan a poner borrachos y nunca están conformes con el precio de lo que les vendo.”

Cuenta que en una ocasión, por dos pesos que le faltaban para pagar un refresco, un centroamericano se puso violento. “Faltaba más, imagínate eso. Pero no, yo no me dejé, ni me pienso dejar. ¿Qué les pasa? Tienen las de perder. Basta con que agarre mi pistola, le dé un tiro y lo vaya a tirar a cualquier parte. Acá lo que sobra es tierra. Total, ¿quién lo podría reclamar?”

Según Joel, en Ixtepec hubo un escándalo en 2012 porque un migrante abusó sexualmente de una niña de seis años. Y no es la única persona que lo recuerda. En realidad, es de las razones que personas de pueblos aledaños como

Espinal, Ixtaltepec y Juchitán utilizan de forma recurrente al momento de argumentar por qué no confían en ellos. Ni en la prensa local, ni en la estatal, hay registros de tal suceso. Pero acá nadie lo pasa por alto.

Un poco más allá de los testimonios de quienes hasta hoy dicen no tener nada en contra de los indocumentados, hacia agosto del 2014, Martha Patricia Montes, directiva del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred), le puso nombre propio a la situación.

En declaraciones públicas habló de 'xenofobia', y una muy arraigada al interior de la población mexicana, cuando se trata de centroamericanos sin papeles.

En el marco de la celebración de un concurso sobre Derechos Humanos de personas refugiadas en México, en 2014, Montes dio a conocer cifras de la dependencia sobre tal hecho en el país.

Según ella, "casi el 70% de las personas encuestadas opinan que las y los extranjeros impiden la cohesión social y provocan divisiones entre la gente, y alrededor del 80% cree que en México se limitan las prácticas y tradiciones diferentes a las mexicanas".

Y agregó que "si bien se piensa que México es un país de acogida, bienvenida y solidaridad hacia las personas refugiadas, como han sido los casos del exilio español y latinoamericano en el siglo pasado, también es cierto que en la cotidianidad nos enfrentamos a la xenofobia y a la discriminación de las personas extranjeras".

¿En dónde queda el lugar común, tan llevado y traído por todos los políticos, del mexicano como ideal de solidaridad a nivel mundial?

Ello no invalida de ninguna forma los esfuerzos descomunales que algunas personas y organismos hacen para contribuir a que la situación deje de ser un problema.

La xenofobia no es la única complicación. Hay muchas. Periodistas, sacerdotes, activistas sociales, psicólogos, funcionarios, cocineras del mercado de

Ixtepec, taxistas, monjas encargadas de albergues, abogados, profesores, guardias y migrantes, coinciden en ciertas trabas comunes a lo largo de la travesía.

Muchas opiniones apuntan a que debe cambiar la visión de quienes relacionan el verbo “migrar”, con la palabra “crimen”. Esto no es un problema que afecta la seguridad nacional, es un derecho que tiene cualquier persona en el planeta y está sustentado desde mediados del siglo pasado en el artículo 13 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, aseguran muchos, con toda la razón jurídica.

A la visión deformada de la criminalización, se suman la casi nula garantía de seguridad que tienen los NNAs a su paso por nuestro territorio; el deficiente acceso a la justicia que se les proporciona; la falta de capacitación verdadera a Ministerios Públicos, OPIS y demás funcionarios relacionados con el asunto, así como la poca sensibilidad de ellos hacia la situación desvalida de los menores.

Según la misma psicóloga Adriana Hernández, en Sin Fronteras notan muy a menudo que el Instituto de Migración, en su intento por solventar muchos casos a la vez, no da a los menores de edad atención personalizada, ni toma en cuenta las opiniones y deseos del niño (lo cual está asentado como obligación en la Ley de Migración).

También advierte que hay un hueco enorme en lo que toca a las opciones de reinserción social para un menor ilegal de otro país, que decida residir en México. “El gobierno busca a toda costa devolverlos a sus casas, pero cuando por ley deben quedarse acá, ¿qué hacen?, ¿dónde los acomodan?, ¿cómo les procuran educación, reinserción a un tejido comunitario o laboral? En eso casi nadie ha pensado”, asegura.

Por su parte, Emiliano Ruiz Parra, periodista con una línea de investigación sociopolítica fraguada en el diario *Reforma* y diseminada en diversos libros y publicaciones periódicas, plantea una frase que es, sin quererlo, respuesta para muchas preguntas que se encuentran en el aire: “La migración se considera un tema de seguridad en México porque así lo es para Estados Unidos. Punto.”

Si se atiende este razonamiento, se dimensiona de forma distinta el hecho que expertos y no expertos consideren al famoso Programa de la Frontera Sur como el inconveniente actual más grande de la migración en el país.

Dada a conocer el 7 de julio de 2014 por el propio Enrique Peña Nieto en un acto protocolario, esta novedad de su administración se autoproclamaba como una alternativa para atender la migración de la frontera sur mexicana, a partir de un enfoque de Derechos Humanos.

En territorio chiapaneco, y ante los ojos del todavía primer mandatario de Guatemala, Otto Pérez Molina, el programa fue dado a luz sobre tres basamentos elementales, mismos que fueron retomados íntegramente por diarios que, como *Excélsior* en su edición del día siguiente, cubrieron el evento llevado a cabo en Arriaga.

Sus pilares eran: en primer lugar, evitar que personas migrantes pongan en riesgo su integridad al usar un tren que es de carga, y no de pasajeros; desarrollar estrategias puntuales que garanticen su seguridad y protección, así como combatir y erradicar a los grupos criminales que vulneren sus derechos.

A poco más de un año de haber sido proclamado, pocos aventuran comentarios positivos sobre él. Ya se verá por qué.

\*\*\*

Cada Semana Santa, una pequeña delegación de indocumentados realiza una caravana desde el albergue de Solalinde, hasta la Basílica de Guadalupe, en el Distrito Federal. La llaman “Viacrucis del Migrante”, por el simbolismo aparejado a la fecha y que algo de símil tiene con el recorrido tortuoso e incierto de estas personas.

Viajan en grupos de diez, quince o veinte, por mucho; en algún autobús rentado para la ocasión, alternando con caminatas que apenas figuran en la prensa nacional. El cura los encabeza casi siempre con pancartas o declaraciones, pero en son de paz, como suele hacerlo de forma cotidiana.

Los migrantes se manifiestan, pero sus mensajes no van más allá de titulares de notas, seguimientos en cápsulas de TV y *hashtags* en Facebook y Twitter, que nunca han llegado a ser tendencia nacional.

En 2015 eso cambió, debido al Programa de la Frontera Sur.

Paola Quiñones es la mejor amiga de Jorge Moncada, el hondureño que fue secuestrado en Reynosa, y con quien fue liberada al lado de 106 centro y sudamericanos más.

A Paola eso le cambió la vida hace tres años. Hoy tiene 21 y vive en la capital del país, donde trabaja de mesera en un restaurante de antojitos, cercano al Zócalo.

Según refiere, deberían pagarle más de tres mil pesos por laborar seis días a la semana, pero igual acepta ese monto, porque es más de lo que percibiría en su país. Con la mirada ensombrecida, cuenta que cada quincena manda 'plata' a Margoth, su bebé de cuatro años que se quedó con la abuela en Tegucigalpa, Honduras.

Luego, mientras busca en la galería de su celular una foto de su hija para enseñarla, cuenta en voz apenas audible que juntó cerca de mil pesos para pagar sus transportes hasta Ciudad Ixtepec y poder participar en el "Viacrucis" de este año.

Por fin encuentra lo que buscaba y muestra en la pantalla cuarteada de su teléfono a una niña de piel oscura y la misma sonrisa asimétrica de ella, recortada contra una pared de tabiques grises; al parecer, es una construcción en obra negra.

Paola cuenta que cuando llegó a Ixtepec le quedaban 30 pesos en los bolsillos; pero no se arrepiente de haberlo hecho, "porque no podría haber dejado solo al sacerdote Solalinde en algo así. Es como si fuera mi padre".

Ya en el albergue, tuvo que esperar al lado de casi trescientos migrantes (entre los que se contaban 38 mujeres y 34 niños) a que empezara la caminata

hacia la capital de país, repudiando el Plan que tantos inconvenientes les ha plantado en el camino.

A más de un año de la declaratoria de emergencia estadounidense por los menores migrantes, y habiendo pasado en México la desaparición de 43 estudiantes de la normal rural Isidro Burgos, de Ayotzinapa, Guerrero; de una situación económica ruinososa que llevó al dólar a precios nunca antes vistos frente al peso; la exhumación del caso Tlatlaya, y hasta la segunda fuga de “El Chapo” de un penal de máxima seguridad, Solalinde Guerra luce un poco más delgado y avejentado. Pero sigue igual de vigente en la agenda de denuncia nacional.

En el Domingo Santo más caluroso registrado en Ixtepec en años, el sacerdote se da un respiro de la reunión semanal que tiene con los principales colaboradores del albergue (donde tratan asuntos del “Viacrucis 2015”, el acopio de alimentos, un nuevo diálogo con la Segob, etcétera), y se sienta en una de las tres sillas que tiene en sus precarias oficinas.

Con la generosidad que lo identifica, ofrece una sombra donde resguardarse del exterior, un vaso con agua, una litera para pasar la noche. Y sin más rodeos que ver la hora en su Casio de modelo antiguo, un F-91W, con el cual dice llevar años, entra de lleno al tema que le quita con frecuencia el sueño en esas noches tropicales, donde nada difícil es perderlo.

Para Alejandro Solalinde el Programa de la Frontera Sur se reduce a una sola palabra: simulación. Alega que se trata de una estrategia del gobierno para demostrar a Estados Unidos y a la sociedad que está haciendo algo en la materia, cuando solo ha complicado todo.

“Es absolutamente inoperante. Es una medida hecha sobre la marcha, sin planeación. Cualquiera puede darse cuenta que cada vez es menos el flujo de personas que llega a albergues, y más el peligro que corren quienes se aventuran a cruzar México”, explica, entre perlas de sudor e interrupciones constantes de jóvenes y mujeres que llegan a pedir jabón, una tortilla, una llamada a Estados Unidos, o información de cómo recibir dinero de sus familias de Centroamérica.

Una de las medidas operativas más destacadas en el Programa fue la del incremento en la velocidad de 'La Bestia' (para que fuera casi imposible abordarla), así como más retenes y operativos sorpresa de revisión, por parte del INM.

Pero a la migración nada la detiene. Como lo que hace salir a estas personas de su lugar de origen se relaciona con las desmejoradas condiciones sociales, políticas, económicas y de seguridad en sus países, ellos siguen y seguirán moviéndose para buscar una mejor vida en otra parte.

Al aumentar el número de retenes, la efectividad en las medidas de captura o la velocidad de 'La Bestia', lo que se está logrando es la diversificación de rutas para llegar al mismo destino.

Aun cuando hay algunos que logran subir al lomo del tren, la mayoría de los restantes opta por seguir el camino a pie, hasta encontrar albergues en su camino, o decide cruzar el territorio en autobuses de pasajeros. Ello los hace más vulnerables, pues las mafias que se dedican a cazarlos tienen más facilidad para interceptar y prever sus recorridos.

“Si uno lee entre líneas y con mucho cuidado el planteamiento del Programa, se da cuenta que está plagado de eufemismos. Es evidente el impacto psicológico que quieren lograr en la mente de los migrantes, para retirarlos de la jugada y de nuestros caminos.

“Antes, cuando la gran mayoría viajaba en el tren, por supuesto que documentábamos una cantidad considerable de violaciones a sus derechos; pero ahora es de no creerse cuánto han aumentado. Sin temor a equivocarme puedo decir que, de toda la gente que llega a pie al albergue, entre 90 y 95% de ellas fueron abusadas de alguna forma”, asegura el cura.

A escasos dos meses de que acabe el 2015, los efectos de esta medida tomada por el Estado mexicano se sienten más que nunca. Solo entre el 30 de septiembre y el 15 de octubre llegaron a tener resonancia nacional el rescate de 150 migrantes que iban en la caja de refrigeración de un tráiler, hacia Zacatecas; un video del hallazgo de 40 más, a punto de morir asfixiados en una camioneta,

rumbo a Sonora; la liberación de 41 que estaban secuestrados en una casa de seguridad en San Luis Potosí y dos rescates más: uno de 16 en Tamaulipas y un último de 114 hacinados en Coahuila.

Todo, en quince días.

El pasado domingo 11 de octubre, la reportera Sonia Nazario publicó en el diario estadounidense *The New York Times* un reportaje que generó polémica. El texto, titulado “Refugiados en nuestras puertas”, sostiene que EU ha estado pagando a México para contener la migración con violencia.

“Desde julio de 2014 México ha redirigido de 300 a 600 agentes migratorios a los estados del sur del país, y ha conducido más de 20 mil búsquedas en los trenes, camiones, hoteles y carreteras que normalmente utilizan los migrantes”, dice Nazario.

Según los datos del Instituto de Políticas para Migrantes de Estados Unidos, en 2015 las detenciones a migrantes crecieron 70% en México, mientras que las de EU disminuyeron un 50%.

En la investigación de quien fuera ganadora de un Premio Pulitzer, se consigna que derivado del Programa de la Frontera Sur “a lo largo de los últimos 15 meses, a petición del presidente Obama, México ha desplegado una feroz ofensiva contra los refugiados que huyen de la violencia en Centroamérica. EU ha entregado a México decenas de millones de dólares durante el ejercicio que terminó el 30 de septiembre, para impedir que estos migrantes lleguen a la frontera estadounidense y soliciten asilo”.

El Servicio Jesuita a Migrantes, otra ONG de defensoría para esta población, concluye que son tres las disfunciones del Plan: 1) mantiene una visión de seguridad nacional que antepone la gestión y control de flujos migratorios, por encima de la seguridad humana, 2) señala que sigue sin haber en la política migratoria mexicana una visión de derechos humanos que fomente la no discriminación y la multiculturalidad que conlleva todo flujo poblacional y 3) advierte que si no se va a las causas estructurales de la migración, la

implementación de seguridad en la región no va a ser una solución a sus consecuencias.

Desde la puerta entreabierta de la dirección, se percibe movimiento afuera. Algunos hombres con vastos tatuajes sobre la espalda desnuda comienzan a juntar mesas bajo la galera, que es comedor para todos. Las mujeres cargan mochilas e hijos y ahora acercan y colocan sillas alrededor de ellas. Una larga fila serpentea para alimentarse lo antes posible.

Solalinde Guerra dice que, aunque casi nadie se atreve a verlo y pronunciarlo de esa forma, la implementación del mismo también obedeció a las presiones que Estados Unidos estaba dirigiendo a México por los menores de edad que estaban ingresando en masa.

“Y son justamente nuestros jóvenes y niños quienes menos pueden defenderse al respecto. Son presa perfecta para coyotes y sicarios, porque por su inmadurez llegan a ser muy fieles si los cooptan por mucho dinero a cambio.

“No tienen forma de negarse y entran a su dinámica. En los estimados que hacemos en este albergue, y con base en los casos que atendemos, podemos decir que desde que los reclutan, tienen dos años de vida útil para el trabajo. Luego se deshacen de ellos”.

A lo dicho por el jesuita cabe sumar una cifra dada a conocer hace no mucho por la Oficina de Aduanas y Protección Fronteriza de Estados Unidos. Según la dependencia, casi cinco mil niños migrantes no acompañados fueron sorprendidos cuando cruzaban sin permiso hacia Estados Unidos desde México en octubre de 2015, más del doble que lo registrado en el mismo mes, pero del 2014.

Esto es de gran relevancia, si se toma en cuenta que Donald Trump, el nuevo presidente de Estados Unidos, ha amenazado con construir un muro fronterizo con México para frenar el flujo migratorio; al tiempo de la llegada de alrededor de 6 mil indocumentados haitianos a Tijuana, Baja California, quienes huyen de la destrucción que dejó en su país un terremoto en 2010 y el reciente paso del huracán Matthew.

Tras analizar a cabalidad la cifra de la dependencia oficial estadounidense, la posibilidad de que el tema de los niños migrantes se convierta nuevamente en una “crisis humanitaria” no parece descabellado.

Solalinde es de esas personas a las que las emociones le brillan en los ojos. Llegado a este punto, su mirada es sombría; su gesto transmite rabia. “Lo más terrible de todo esto es que se trata de niños desechables”, musita. Luego se para de un brinco del asiento y avanza hacia la puerta, a través de la que Paola Quiñones se divisa a lo lejos.

“Ven por acá, te quiero presentar a una nena de tres años que es un ejemplo de valentía. Es preciosa”, dice. Y recorre a grandes zancadas el corredor que conecta con el patio central, donde Paola intenta peinar el cabello enredado e imposible de una figura pequeñita, menuda y de piel trigueña, Michel.

\*\*\*

Dos semanas después, una turba de cámaras de video, *flashes* y micrófonos rodea el contingente de los trescientos migrantes que caminan sobre la Calzada de los Misterios y están a punto de arribar a la Basílica de Guadalupe, en la Ciudad de México.

La misma nena de piel trigueña, Michel, encabeza el contingente a la derecha de un niño de once años que carga una cruz deslucida. El travesaño horizontal es retratado por decenas de fotógrafos debido a un letrero, salpicado por una mancha roja, que reclama: “No más sangre de migrantes”.

Por intervalos, acercan a Michel un altavoz que ha servido todo el trayecto para amplificar otras voces latinoamericanas. La niña entona consignas que, según su propio tío que va en el contingente, aprendió sola a lo largo del camino.



Michel tuvo que aprender a gritar, antes que a caminar.

“¿Por qué nos matan? ¿Por qué nos asesinan, si somos la esperanza de América Latina?”, dice, en un español de tres años de vida, salpicado del resabio de su natal Honduras. Trescientas gargantas duplican la consigna. La niña avanza entusiasmada, con una sonrisa careada y un temblor en los pasos que hace adivinar lo caliente del asfalto.

Detrás de ellos viene caminando un cubano con otra cruz similar en la espalda; luego, Alejandro Solalinde; un grupo de mujeres con una manta contra el Programa de la Frontera Sur y luego las cuatro filas ordenadas de migrantes agotados tras el viaje desde la capital oaxaqueña.

Su presencia aquí es histórica. Hace cuatro días quisieron empezar el Viacrucis en Ixtepec, pero vieron frustrado su intento cuando la empresa camionera que se había comprometido a llevarlos confesó que “alguien” los había amenazado con acusarlos de tráfico de personas, si los transportaban hasta el Cerro del Tepeyac.

Pasadas varias reuniones, decidieron salir. El 15 de abril, cuando ya habían arribado a la población de Espinal, se encontraron de frente con un cerco formado por agentes de la Policía Federal y del INM.

Y aunque la Sección 22 del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) y otras organizaciones sociales los respaldaron en ese momento de tensión, fueron los *tuits* del encargado de Hermanos en el Camino los que informaron al país de los golpes y lesiones que los agentes federales les propinaron al momento de romper la valla humana.

Con todo y ese incidente se enfilaron, en cinco autobuses que lograron contratar de última hora, hasta la capital mexicana.

Fue en la entrada de la Basílica cuando volvió a imperar una atmósfera pesada entre los caminantes; llegó a ser notoria hasta en el semblante del cura. Discurrieron un par de minutos de nerviosismo, en lo que los migrantes se aglomeraban para hacer su arribo oficial al recinto católico, donde tenía lugar una misa dominical bastante concurrida.

Era único que una caravana con tintes tan políticos, pero al mismo tiempo con una raíz tan sacra, llegara hasta ese recinto para pronunciarse en contra de un tema con tal resonancia a nivel nacional.

Cientos de feligreses los vieron irrumpir en silencio, pero con la frente y las pancartas alzadas, en plena eucaristía. El mutismo reinó hasta que el sacerdote oficiante rompió la zozobra y enunció palabras de una acogida que muchos celebraron y agradecieron en el momento.

Mediante una oración de gran simbolismo, el clérigo les abrió de par en par las puertas de la iglesia, alentó su protesta y se unió a sus demandas de seguridad y justicia.

Solalinde tomó la mano de Michel y dijo a las personas a su alrededor, entre los que Paola ahora fungía como organizadora: “Somos bienvenidos en esta casa; Dios está con nosotros. Avancen, hermanos.”

Y entonces, ecuatorianos, salvadoreños, mexicanos, hondureños, estadounidenses y colombianos se hicieron una misma nacionalidad en los asientos de la Basílica, en cuyo fondo penden todas las banderas del continente americano.

La celebración religiosa continuó. Al final, la caravana procedió a levantar denuncias a la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH), por los agravios acumulados en el camino. Pero ya con una bendición divina encima.

Amén.

## **Estación nueve. Oro entre las cenizas**

Pero no todo es malo. Aunque pudiera parecer que los NNA migrantes transitan sin interrupción, ni excepción, a través de un auténtico valle de lágrimas, desde diversas direcciones se emiten señales que pulsan por un cambio y dejan entreabierto la puerta a la esperanza.

En un día muy distinto, a más de seis meses de haber contado la historia del plagio de que fue víctima en Tamaulipas, Jorge Moncada bebe a pequeños sorbos el litro de michelada que tiene enfrente.

Es un lujo que no puede darse todos los días, porque los 70 pesos que está ingiriendo con lentitud le rinden para muchas cosas en el día a día. Pero hoy es jueves: el arranque de la “farra” de fin de semana para la comunidad gay, en la Zona Rosa de la capital de la república. “Hoy se vale todo”, confía el hondureño.

Él es de los que afirman que en México no le ha ido tan mal. “Ser homosexual en este país no es terrible, como sí en el mío”, asevera. “En general, no me quejo. Los mexicanos me han tratado bien, nunca me han visto mal por ser centroamericano. Gracias a Dios conseguí mi Visa Humanitaria y hasta permiso para trabajar”.

Jorge está seguro que no dejará la tierra azteca. Hoy está en proceso de selección para una pequeña producción cinematográfica estadounidense y se dice emocionado de haber encontrado el apoyo de una ONG para jóvenes homosexuales migrantes.

El panorama no es tan devastador. Decenas de albergues independientes en el país que, bien o mal, operan. Cientos de ONGs y activistas sociales que gritan y mueven montañas en busca de justicia. Periodistas que ayudan a visibilizar el tema y hacerlo saltar a primeras planas. Abogados y ciudadanos versados en la materia que instan a modificar la legislación vigente, a rellenar sus huecos, a poner luz sobre zonas ambiguas. “Patronas” veracruzanas (y no veracruzanas) que alimentan niños migrantes a orillas de las vías del tren.

Psicólogos ofreciendo servicios gratuitos para subsanar heridas abiertas, sueños mutilados...

Todos, tercetos en el afán de denuncia, mejora, justicia y ayuda. A falta de instituciones oficiales al pie del cañón en sus funciones, cada vez más manos ayudan a sostener esta red de indignación, convertida en fraternidad alternativa a prueba de todo.

Jorge abre su billetera y saca una tarjeta. "Mira, gracias a este carné puedo sentarme como cualquier mexicano, como tú, a tomarme una cerveza sin tener que cuidarme de alguna autoridad". Es su visa: con un Jorge Moncada Castro menos sonriente que ahora, sobre un fondo verde con holograma del escudo nacional mexicano, sin pupilentes color miel y un poco más delgado, pero oficial.

Con canciones de bachata ambientando la conversación, y haciendo saltar de su lugar a más de una pareja de chicos, el hondureño se apresura a contar detalles de sus fugaces amores mexicanos. "Muy parecidos a los de las telenovelas, la verdad". Y pide otra michelada porque la primera, dice, ya le "jaló".

"Sé que ya no estoy en una situación tan mala como cuando recién llegué y, aunque quiero vivir aún mejor, no se me olvida de dónde vengo, ni quién me dio la mano para estar acá. El padre Solalinde, Alberto Donis y mi amiga Paola, por ejemplo. Esas cosas no se olvidan".

En el libro *Ovejas Negras*, el periodista Emiliano Ruiz Parra hace notar una tendencia relacionada con el testimonio de Jorge, que pocos han logrado radiografiar. Sostiene que la ausencia de las autoridades ha provocado el surgimiento de voces y brazos del ámbito religioso, que han ocupado un papel de defensoría hacia los menores en esta situación, legitimada por la imagen de una iglesia. Sea cual sea.

Define el fenómeno como: "La emergencia de una corriente de la Iglesia católica a la vanguardia de la defensa de los derechos humanos y los movimientos sociales." Y explica que "en México, la auténtica defensa de los derechos humanos implica una crítica radical al Estado: no hay un capítulo de violaciones graves sin la intervención de autoridades, ya sea en los secuestros a

transmigrantes, las confesiones obtenidas bajo tortura o los diversos delitos cometidos por las mafias del narcotráfico bajo la protección o la omisión de los cuerpos policiacos y militares”.

Al hablar del papel de clérigos como Alejandro Solalinde Guerra, Raúl Vera López o Pedro Pantoja, por mencionar solo algunos, en el auxilio a los NNA indocumentados, el autor concluye que “no deja de ser una ironía que en un país con más de 150 años de secularización, en donde la jerarquía católica oficial se distingue por su conservadurismo y por procurarse una relación cercana con el gobierno, bastantes de las causas más urgentes de la izquierda las hayan asumido religiosas, sacerdotes y laicos católicos, con todo y sus deficiencias teóricas y sus limitaciones políticas”.

Muchos dudan de la existencia de buenas noticias para este sector migrante que viaja solo. Pero existen. Y no son pocas, ni deben descartarse. Además de los esfuerzos materiales y tangibles de cientos de personas, otros más contribuyen desde trincheras teóricas, que proponen soluciones concretas al estado de cosas vigente. Una ola de nuevas ONGs y miembros críticos de la sociedad civil también avanza con furia en esta corriente, sin crucifijos al cuello.

Un ejemplo destacado es el de la Coalición Internacional contra la Detención (IDC, por sus siglas en inglés), una organización creada para la defensoría de los Derechos Humanos y especializada en migración e infancia.

Esta institución tiene un estudio diagnóstico de la detención migratoria en México, en el que analiza el fenómeno tanto a nivel legislativo, como también desde el enfoque de las políticas públicas, prácticas gubernamentales y sociales.

De forma específica, valora la problemática creciente de los niños migrantes detenidos en el país. En su último informe, publicado en 2014, hace notar que “por ejemplo, en el caso de personas víctimas de delitos, la colaboración del INM con la Organización Internacional para las Migraciones, Pro-Víctimas y la Fiscalía Especial para los Delitos de Violencia contra las Mujeres y la Trata de Personas está encaminada a satisfacer necesidades de alojamiento, atención médica y psicológica, apoyo jurídico, entre otras”.

Una de las más importantes ONGs en la materia, la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (Comar), menciona que además de la coordinación y colaboración intergubernamental que realiza, es relevante mencionar su acción conjunta con organizaciones civiles o instituciones privadas, para los mismos fines.

En la introducción de este informe de la IDC, se hace constancia y recuento del apoyo a lo largo de años de la Agencia de la ONU para los Refugiados (Acnur), la Comar y algunas organizaciones civiles como Sin Fronteras I.A.P., en atención focalizada a menores no acompañados.

“Es de resaltar también el programa de apoyo a estas personas que, en la Ciudad de México, ha venido implementando en los últimos años la Secretaría de Desarrollo Rural y Equidad para las Comunidades (Sederec).

“Este incluye apoyos en especie a las personas migrantes para la alimentación y el vestido, y también destina recursos económicos para posibilitarles cubrir costos de su regularización migratoria”, se lee en el documento, disponible en la web al teclear en cualquier buscador la oración “Dignidad sin excepción”.

Ahí se da cuenta de otros proyectos como la Casa Tochan, el albergue Cafemin, la Casa de las Hermanas Josefinas (con tres delegaciones en el DF), el Centro de Derechos Humanos Fray Matías de Córdova (Tapachula, Chiapas) o Belén, Posada del Migrante (Saltillo, Coahuila), que buscan ayudar en el alojamiento y satisfacción de necesidades de personas migrantes, solicitantes de asilo y refugiadas que permanecerán temporal o definitivamente en el país.

La enorme aportación del estudio de la IDC radica en que identifica y propone rutas alternas para reducir el impacto de distintos factores adversos a la migración de menores, a partir de sugerencias obtenidas por medio de entrevistas a organizaciones civiles, académicos, instituciones públicas, así como entes nacionales e internacionales.

La IDC, y muchos otros, libran esta lucha con un estandarte de leyenda bien clara y visible: “Existen alternativas”. Detenerlos no es factible. Ni legal. Ni costeable. Ni nada.

Más bien, todos proponen políticas o prácticas que permitan a los solicitantes residir en la comunidad con libertad de movimiento en tanto su situación migratoria se resuelve, o mientras esperan su expulsión o deportación del país.

Casos como el de Jorge Moncada, está de más decirlo, son contadas excepciones.

De manera concreta, la IDC sugiere a las autoridades mexicanas:

<b>Diferenciar la situación de los NNA sin compañía, del resto de migrantes</b>
<b>Permitirles realizar sus procesos de regularización sin detenerlos</b>
<b>Que su canalización al DIF o instituciones con iguales posibilidades de brindar asistencia sea voluntaria</b>
<b>No subordinar las labores del DIF al INM</b>
<b>Proveerles custodia por personal diplomático capacitado en infancia</b>
<b>Brindarles diversas posibilidades de actividades, ofertas educativas y culturales</b>
<b>Darle preeminencia a su educación, antes que a su recreación</b>
<b>Destinar más recursos públicos para llevar a cabo todo lo anterior</b>

Aunado a ello, una de las prioridades de Amnistía Internacional desde 2015 es concretar ideas para lograr un fin más ambicioso: la reinserción de los migrantes a la sociedad.

Muchos se empecinan en ver las “contraindicaciones” de permitir la llegada de más gente de otras naciones a México; pocos logran avistar el gran valor cultural y social que ello encierra.

Según Alejandro Solalinde Guerra, “si nos nutriéramos de todo lo que nos pueden aportar, seguramente México sería un mejor país”.

Asimismo, las nuevas disposiciones migratorias en materia de acceso a la salud, educación, justicia y libertad de tránsito, así como el reconocimiento más explícito de sus Derechos Humanos, son un paso trascendente en la eliminación de prácticas discriminatorias que incrementan su vulnerabilidad social e institucional.

Mientras la noche del jueves en la Zona Rosa empieza a llenarse de plumería, luces neón y tacones altos, Jorge se enfila a la recta final de su tercera michelada monumental, enviada por “un admirador anónimo”, según le dice la mesera. Después de un largo trago, el joven aventura una defensa genuina, por encima de un bloque de cumbias colombianas que ha hecho saltar a muchos de sus asientos.

“Como en todo, uno encuentra gente mala y buena. Y a mí me tocó más de la buena. Esa suerte me la dio mi madre en su bendición cuando di un paso afuera de mi casa”, vocifera él entre acordeones sudamericanos y uno que otro *beat* electrónico.

Si se busca, siguen saliendo a flote buenas razones para confiar y tener esperanza.



En Hermanos en el Camino hay un afiche que ha sido consultado al menos una vez por cada migrante de paso en el albergue. Se trata de un mapa de los “Estados Unidos Mexicanos” con el señalamiento de rutas terrestres factibles al norte, coordenadas de retenes oficiales del INM, sitios de asistencia alimenticia y posada, y hasta focos rojos de atracos recurrentes a migrantes.

Los trazos en él son aportación de quienes, por alguna razón, conocieron de forma directa esas acotaciones y se hicieron de un plumón para hacer extensiva su vivencia.

Cuatro hombres están ahora frente a ese ‘México’ a escala. Uno de ellos, el más avezado a juzgar por la ligereza de sus ademanes y la determinación de sus sentencias, explica a los otros las ventajas de optar por la ruta del Pacífico.



**Tarde o temprano, todos regresan a la ruta, a la representación a escala de un eufemismo de grandes proporciones.**

Su índice con una falange desviada señala un andar imaginario que brinca de Chiapas a Oaxaca, Puebla, Hidalgo, Jalisco, Nayarit, Sinaloa, Sonora y llega a Baja California. A estas alturas, distintas regiones del mapa han desaparecido ante la terquedad de los miles de dedos que han repasado el itinerario antes de partir.

Estaciones. Si de algo ha aprendido Andrés en el último año, es de estaciones. Desde entonces organiza sus recuerdos en razón a ellas. El colombiano de 17 recién cumplidos espera a ver desaparecer entre la romería reunida para la misa de mediodía al cuarteto de figuras con camisas que publicitan una casa de empeño en Juchitán, antes de abrir la boca.

“Yo ese camino me lo sé completico. Ya lo hice dos veces y tengo muy buena memoria. Recuerdo hasta la hora que era cuando unos federales nos bajaron del tren a punta de pistola, en una estación de Mazatlán”, rememora, al tiempo que se cubre del sol el único ojo con el que ve.

“4:20 de la madrugada. Yo venía fundido de sueño, porque de día no se puede dormir con el calorón tan severo que se mama [soporta] uno arriba del tren. Ahí, un ‘man’ me dijo que le diera la plata, y como no traía y solo le di mi reloj, empezó a soltarme cachazos. No crea que nací tan feo. Mejor dicho: ese día perdí el ojo porque al ‘hijueputa’ la mano se le fue derecho contra mí”.

A partir de entonces, cuenta Andrés, la vida que empezó ver por media partida le pintó distinta. Por circunstancias fortuitas fue moviéndose más y más al sur de México, hasta llegar a Ixtepec, donde está alojado: no acopiando fuerzas para volver a probar suerte en el norte, sino ayudando en lo que puede a sus compatriotas y demás compañeros indocumentados que llegan con los pies destrozados por las veredas, que son como una parrilla en esta zona del sur del país.

“Como bien dice el padre [Alejandro Solalinde] y el nombre de esta casa, todos somos “Hermanos en el Camino”. Y hay que ayudarnos a caminar de buena jeta (cara), porque eso mismo jala uno de los ‘parceros [compañeros]’. Yo perdí el

ojo, pero me acerqué a Dios y siento que cargo un corazón nuevo. Por eso colaboro con quien lo necesite”, asegura.

Aunque la ruta de los menores migrantes está llena de baches y veredas oscuras, no hace falta sobrevivir a una vida con tíos narcos, un secuestro, violación o la amputación de un miembro para saber que entre los rieles, la ceniza y la sangre hay trazas de esperanza, listas para caer en manos honestas que ayuden a señalar caminos menos aciagos.

Una mujer de vientre abultado es ahora quien se planta frente al mapa, con un niño colgado de su cuello. Le pide a alguien que se encuentra al lado que le indique en qué lugar está Ixtepec, y dónde Reynosa. Enseguida, empieza a repetir el ritual de las líneas invisibles.

“¿Sí vio? Después de pasearte, comer, dormir y vivir en ellas, uno se da cuenta que todo regresa siempre a las jodidas estaciones”, dice Andrés, mientras sonrío y con un dejo de ironía explica cómo pueden simbolizar tanto ilusión como pesadilla.

Aunque para la gran mayoría la meta se llama “Estados Unidos”, para este pastuso (originario de Pasto, Colombia) las estaciones para un migrante indocumentado no tienen aún punto fijo de llegada.

Dice que le tranquiliza pensar que el fin del trajín está construyéndose, moldeándose con cada paso en el anonimato de la selva o del desierto, con cada persona que les extiende la mano, con cada denuncia bien sustentada.

Por lo mismo, las estaciones en este texto sólo son paradas encima de un mapa que va nutriéndose de coordenadas claras.

Andrés echa mano de su buena memoria y recuerda el sermón del padre Solalinde durante una misa, semanas atrás. En él, asegura, les dijo que aunque pareciera lo contrario, el trayecto no es infinito y de todos depende que los puntos rojos sobre el mapa desaparezcan, para que luego el propio éxodo no sea siquiera necesario.

“Y tiene razón”, dice el joven de sonrisa impecable y mirada herida, “porque aunque todos somos migrantes y hermanos en el camino, ya nos duelen los pies de tanto andar.”



**"Ser un emigrante, ese es mi deporte. Hoy me voy pa'l norte, sin pasaporte y sin transporte. Este hombre se hidrata con lo que retratan sus pupilas: cargo con un par de paisajes en mi mochila, cargo con un rosario que me vigila."**

**Calle 13**

# Fuentes

## Electrónicas

- *Boletín sobre migración internacional*. Disponible en [http://www.conapo.gob.mx/es/CONAPO/10\\_de\\_Octubre\\_Boletin\\_Sobre\\_Migracion\\_Internacional](http://www.conapo.gob.mx/es/CONAPO/10_de_Octubre_Boletin_Sobre_Migracion_Internacional). Consultado el 30 de noviembre del 2012, a las 23:12 horas.
- *Disminuyó migración de mexicanos a EU*. Disponible en <http://noticias.universia.net.mx/en-portada/noticia/2011/12/19/899486/disminuyo-30-migracion-mexicanos-eu.html>. Consultado el 29 de noviembre del 2012, a las 19:29 horas.
- *Indispensables, casas de migrantes en el Estado de México*. Disponible en <http://www.animalpolitico.com/2012/09/indispensables-casas-de-migrantes-en-estado-de-mexico/#ixzz2DrLu5Bu5>. Consultado el 29 de noviembre del 2012, a las 17:23 horas.
- *Las nuevas estrategias del secuestro de migrantes en el sur de México*. Disponible en <http://mexico.cnn.com/nacional/2011/01/05/las-nuevas-estrategias-del-secuestro-de-migrantes-en-el-sur-de-mexico>. Consultado el 1 de diciembre del 2012, a las 16:23 horas.
- *Ley Nacional de Migración*. Disponible en [http://www.inm.gob.mx/static/marco\\_juridico/pdf/Ley\\_de\\_Migracion\\_y\\_Reglamento.pdf](http://www.inm.gob.mx/static/marco_juridico/pdf/Ley_de_Migracion_y_Reglamento.pdf). Consultado el 30 de noviembre del 2012, a las 16:23 horas.
- *Relatoría sobre los derechos de los migrantes*. Disponible en <http://www.cidh.org/migrantes/Default.htm>. Consultado el 2 de diciembre del 2012, a las 16:23 horas.

- *Violencia, impunidad y la búsqueda de migrantes desaparecidos*. Disponible en <http://www.alainet.org/active/59985&lang=es>. Consultado el 1 de diciembre del 2012, a las 12:23 horas.
- *Relatoría de reunión de EPN con Barack Obama*. Disponible en <http://www.enriquepenanieto.com/>. Consultado el 29 de noviembre del 2012, a las 12:54 horas.
- *La migración de menores en México*. Disponible en [http://oim.org.mx/?page\\_id=90](http://oim.org.mx/?page_id=90). Consultado el 18 de octubre del 2015, a las 18:36 horas.
- *Libros sobre migrantes, nueva tendencia editorial*. Publicado en el portal web del periódico *El Universal*. Disponible en <http://archivo.eluniversal.com.mx/cultura/70762.html>. Consultado el 26 de noviembre del 2015.
- *Casi cinco mil niños migrantes cruzaron de México a EU en octubre*. Disponible en <http://lajornadasanluis.com.mx/internacional/casi-5-mil-ninos-migrantes-cruzaron-de-mexico-a-eu-en-octubre/>. Consultado el 30 de noviembre del 2015.
- *Aumento en el número de niños migrantes no acompañados en México requiere atención prioritaria: UNICEF*. Disponible en [http://www.unicef.org/mexico/spanish/noticias\\_32372.htm](http://www.unicef.org/mexico/spanish/noticias_32372.htm). Consultado el 15 de agosto del 2016.
- *En el gobierno de Barack Obama, deportados 2.5 millones de mexicanos; record histórico, asegura García Medina*. Disponible en <http://www5.diputados.gob.mx/index.php/esl/Comunicacion/Boletines/2015/Abril/22/5499-En-el-gobierno-de-Barack-Obama-deportados-2.5-millones-de-mexicanos-record-historico-asegura-Garcia-Medina>. Consultado el 15 de agosto del 2016.

- Informe del Incyde sobre la Estación Migratoria de Agujas. Disponible en [insyde.org.mx/wp-content/uploads/2014/08/Informe\\_EM\\_INM2013\\_DMDH\\_Insyde.pdf](http://insyde.org.mx/wp-content/uploads/2014/08/Informe_EM_INM2013_DMDH_Insyde.pdf). Consultado el 20 de septiembre del 2016.
- Más de 41 mil menores migrantes han sido detenidos en México en menos de 3 años: CNDH. Disponible en <http://www.proceso.com.mx/459942/41-mil-menores-migrantes-han-sido-detenidos-en-mexico-en-menos-3-anos-cndh>. Consultado el 01 de noviembre del 2016

## Bibliográficas

- Castillo, Miguel Ángel, *et. al. Migración y fronteras*. El Colegio de la Frontera Norte: Plaza y Valdéz. 2000. Tijuana, México. 520 pp.
- Gómez Durán, Thelma, *et. al. Entre las cenizas. Historias de vida en tiempos de muerte*. Sur + ediciones. 2012. Oaxaca, México. 258 pp.
- Guillermprieto, Alma. *72 migrantes*. Editorial Almadía. 2001. México. 187 pp.
- Kapuściński, Ryszard. *Los cinco sentidos del periodista*. Fondo de Cultura Económica. 2003. México. 90 pp.
- Kapuściński, Ryszard. *Los cínicos no sirven para este oficio*. Compactos Anagrama. Segunda edición. 2006. España. 124 pp.
- Martínez, Óscar. *Los migrantes que no importan*. Sur + Ediciones. 2012. Oaxaca, México. 289 pp.
- Martínez, Sanjuana, *et. al. Todos somos migrantes*. Secretaría de Cultura de la Ciudad de México y Para Leer en Libertad AC. 2014. 225 pp.
- Nazario, Sonia. *La travesía de Enrique*. Random House Children Books. 2006. Estados Unidos. 323 pp.
- Ravelo, Ricardo. *El narco en México*. Grijalbo. 2012. México. 226 pp.
- Reveles, José. *Levantones, narcofosas y falsos positivos*. Grijalbo. 2011. México. 202 pp.

- Ruiz Parra, Emiliano. *Ovejas negras*. Océano. 2012. México. 268 pp.
- Senties Laborde, Francisco Javier. *Hermanos en el camino. Experiencias de amor desde el infierno de la migración*. Universidad Iberoamericana León. 2014. Guanajuato, México. 226 pp.
- Vilalta, Jaume. *El espíritu del reportaje*. Edicions Universitat Barcelona. 2006. España. 274 pp.